8156

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA PALOMA AZUL,

COMEDIA DE MÁGIA EN CUATRO ACTOS.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

5

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano
Juan Diente.

Los nerviosos.
Los amantes de Chin
Lo mejor de los dados
Los dos sargentos esp
Los dos inseparables.
La pesadilla de un ca
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una cart
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel
La verdad en el espejo
La banda de la Condesa
La esposa de Sancho el
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvi
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fern
Las floresi de Don Juan
Las aparrencias.
Las gueeras civiles.
Leccions de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florenci
La Archiduquesita.
La escuela de los amigo
La escuela de los perdi
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Car
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (al
La calle de la Montera.
Los pecados de los padre
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreno.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlarge
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.
Llueven hijos.
Las dos madres.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

LA PALOMA AZUL.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/lapalomaazulcome2965lier

LA PALOMA AZUL,

COMEDIA DE MÁGIA EN CUATRO ACTOS,

ORIGINAL DE

D. RAFAEL MARIA LIERN,

Cerda 1832 1897

Estrenada en el teatro del Circo el dia 25 de Febrero de 1865.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA	Sra. D.ª Teresa Rivas.
LA FORTUNA	Sta. Consuelo Montañés.
LA PRIMAVERA	» Julia Brieva.
MANRIQUE	Sr. D. Tirso Obregon.
GODOFREDO	» Máximino Fernandez.
CASJABEL	» Eugenio Fernandez.
RUY PEREZ	» Joaquin Pecerra.
MIGUEL	» Cipriano Jalon.
ALDEANA 1.ª	Sta. Maria Nogales.
IDEM 2.ª	» Luisa Aragonés.
CRIADO 1.º	Sr. Luis Fernandez.
IDEM 2.º	» Ramon Jimenez.
VIEJA 1.ª	Sta. Carolina Gonzalez.
VIEJA 2.ª	» Carolina Ibarra.
CAMPESINO	Sr. Ildefonso Dupuy.
CAZADOR	» Simon Cabero.

Aldeanos, cazadores, viejas, ninfas, flores, habitantes del palacio de Godofredo, del alcázar submarino y del Reino Azul.

Música de D. Cristóbal Oudrid.
Decoraciones y maquinaria de D. Luis Muriel.
Vestuario de D. Vicente Zaldirar.
Bailes de D. Juan Alonso.
1.ª Bailarina.—Sta. D.ª Josefa Chini.

Á NARCISO SERRA,

en prenda de amistad y admiracion, dedica esta obra

El Autor.

669537

Me complazco en consignar de una manera pública, mi agradecimiento hácia la empresa dirigida por D. Tirso de Obregon, que venciendo grandes obstáculos y sin reparar en sacrificios de ninguna especie, ha puesto en escena esta comedia con un lujo, al cual se debe una buena parte del éxito que ha obtenido.

Otra de mis complacencias, es manifestar un sentimiento de gratitud unido á otro de admiracion, á mi querido amigo el distinguido pintor D. Luis Muriel, cuyo talento ha prestado á mi obra un aura que no lleva en sí misma.

Réstame aun dar las gracias mas cordiales á los artistas que la han estrenado, por el atinado celo con que lo han hecho, á D. Cristóbal Oudrid, por su excelente música, á D. Juan Alonso por sus magníficos bailables y á D. Vicente Zaldivar por la propiedad y buen gusto que ha demostrado en la construccion del vestuario.

RAFAEL MARIA LIERN.

ADVERTENCIAS.

El autor prohibe la representacion de esta comedia sin la música de D. Cristóbal Oudrid.

Ademas encarga á los señores empresarios que tengan por conveniente poner esta obra en escena, que la repartan á las compañías de declamacion, sin tomar en cuenta que la ha estrenado una de zarznela, en la cual existen elementos especiales.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor; y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y de cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Valle pintoresco hasta la tercera caja. En tercer término de la izquierda, el molino de Miguel colocado sobre un monton de rocas. En segundo término de la derecha, una choza corpórea abierta de frente al público; tiene tambien puerta lateral. Un muro de piedra entre la choza y el bastidor segundo. En el mismo término de la izquierda una gruta cubierta de yedra; dentro de ella una fuente rústica. En el fondo un barranco cuyo cáuce corre de izquierda á derecha, naciendo en la última caja de bastidores, y ocultándose en la segunda. En el punto del barranco correspondiente á la tercera caja, una cascada que cae sobre una balsa ancha y profunda. Sobre la cascada un puente rústico. Bonito horizonte. Por derecha é izquierda, entiéndase la del actor.

ESCENA PRIMERA.

Aparece MANRIQUE dentro de la choza, dormido sobre una cama formada de enramada, cubierta de hojarasca y flores. CASCABEL duerme á la puerta de la choza sobre unos haces de pajas. MARIA y las ALDEANAS salen por la izquierda. Traen cestitas con viandas, flores y frutas. Maria un mantel limpio.

MARIA, MANRIQUE, CASCABEL y ALDEANAS.

MARIA. Chis... bajad la voz, que está durmiendo... Acercaos de puntillas... Cuidado con despertarle...

CASC. Vino, morena, échame mas vino. (Soñando.)

MARIA. Está soñando...

CASC. ¡Qué pechuga tan suculenta! Permitid que le dé otro embite.

(Muerde las pajas. Despierta y se incorpora conservando algunas en la boca.)

ALDS. ¡Já, Já! (Explosion de risa.)

CASC. Son ellas, san Críspulo. ¡Qué vergüenza!

(Rien las aldeanas mas fuerte.)

MARIA. Chis... respetad su sueño.

ALD. 1.ª Venid acá, seor gloton, venid acá...

(Levántase Cascabel.)

CASC.. ¡Por las once mil vírgenes os ruego que á nadie digais lo que habeis visto!

ALD. 1.ª ¿Y qué tal os ha sabido la nueva vianda, señor mio?

CASC. Vamos, vamos, niñas; no hay que andar con chanzonetas. Cuando uno duerme, no sabe lo que se hace... De la misma suerte que he mordido esa paja, hubiera podido morderos esos carrillos de rosa que el Señor os ha dado... Bien es verdad, que tambien os los morderia despierto... ¡Hombre, qué ricas son estas cerezas! (Comiéndose una.)

ALD. 2.ª ¡Sois un atrevido!

MARIA. Reportad vuestra lengua.

CASC. Si ha sido una broma... ¿Cómo habia de atreverme yo á morder á esas pelonas?

ALDS. ¿Qué? (Muy ofendidas.)

CASC. A quien yo morderia... no, morder, no; á quien yo besaria la orla de la saya... y el polvo de los zapatitos es... es... ¡Ay!! (Mira á Maria con intencion.)

ALDS. ¿Á quién? (Maria vuelve la espalda á Cascabel.).

CASC. Á mi abuela. (Despechado.) (No me quiere ni esto.)

ALD. 1.ª Estan verdes, señor Cascabel, ¡muy verdes. (Con intencion.)

CASC. (Cogiendo un racimo de uvas.) ¿Si, á ver? ¡Qué han de estar verdes, (Come.) si parecen confitadas!

ALD. 1.ª ¡Goloso! ¡Ahí es nada la pretension!

ALD. 2.ª ¿Si creerá que Maria es alguna pobretona como él.

ALD. 1.ª ¡Se concibe que hubiera fijado en mí sus ojos!

OTRAS. Ó en mí...

OTRAS. Ó en mí...

ALD. 1.ª ¡Pero en Maria!

ALD. 2.ª ¡Cómo nosotras somos unas pelonas!

CASC. Pues ya se vé que sí. (Sigue comiendo uvas.)

ALDS. Tomad.

(Pinchan con alfileres á Cascabel.)

CASC. ¡Ay! (Dando un salto y un fuerte grito.)

MARIA. Bien podiais tener mas miramiento. ¿No veis que le vais á despertar con esos gritos?

CASC. ¿Despertar? Si, facilillo es. ¡Ni á mosquetazos romperias el hilo de su sueño!

MARIA. ¿Tan rendido se ha acostado?

CASC. ¡Tal caminata hemos hecho!

MARIA. ¿Habeis salido de caza?

CASC. Antes de clarear el dia. Pero... no es el paseo la causa principal de su cansancio. (Con misterio.)

MARIA. ¿No? (Con interés. Rodean las aldeanas á Cascabel.)

CASC. No. Esta noche.. . ha tenido una pesadilla horrible. ¡Qué voces!... qué suspiros... qué manotadas asi, y asi...

(Al estender los brazos, toca la cara á algunas aldeanas.)

ALDS. ¡Atrevido!

MARIA. ¿Y qué soñaba?

CASC. ¿Qué habia de soñar? Lo de siempre. ¡Pobre amo mio! ¡Si lo hubierais visto hace un año! ¡Qué lujo, qué magnificencia en su palacio! Pero ya se vé. Mozo sin experiencia, con una cabeza ligera y un corazon henchido de pasiones, huérfano y viciado por el ejemplo de un tutor licencioso, ¿qué habia de suceder? Que ha disipado su fortuna, encontrándose á los treinta años sin mas bienes que la hoja de su espada y su título de conde; prendas ambas que tendrán mucho valor, pero sobre las cuales no hay usurero que ofrezca un miserable real de plata.

MARIA. ¿Y en efecto era inmensa su fortuna?

CASC. Digna de un rey. Y gracias á que vuestro padre, agradecido á los favores que recibió del difunto conde, nos ha recogido en este albergue... Que sino... ya habriamos muerto en un hospital á estas horas.

ESCENA II.

DICHOS y MIGUEL, que baja del molino.

MIGUEL. ¿Maria? (Gritando.)
(Baja al proscenio.)

MARIA. ¿Quién alborota de ese modo?

CASC. El gracioso de vuestro padre.

MIGUEL. ¡Maria, hija mia! (Llamando mas fuerte.)

MARIA. Callad, ya os oigo.

MIGUEL. ¿Pero hija mia, estás sorda? (Mas voz.)

MARIA. ¿Cuánto va á que lo despierta? (Con disgusto.)

CASC. No, el sordo sois vos.

MIGUEL. ¿Qué? (Llevándose una mano al oido.)

CASC. Qué vos sois el sordo. (Mas fuerte.)

MIGUEL. ¡Cá! Mas gordo estaba el año pasado. He enflaquecido mucho desde las últimas lluvias.

CASC. ¡Qué no digo eso! (Gritando.)

MARIA. ¡Dejadle estar, no alboroteis!... ¿No veis que el remedio es peor que la enfermedad?

MIGUEL. ¿Qué? (Á Maria.)

MARIA. Chis... (Le impone silencio con la accion.)

MIGUEL. ¿Qué dice? (Á las aldeanas.)

ALDS. Chis... (Hacen lo mismo que Maria.)

MIGUEL. ¿Pero qué ocurre? (Á Cascabel.)

CASC. Chis... (Á Miguel.)

MIGUEL. ¿Os estais burlando de mi? (Gritando.)

TODOS. Chis... (Con el dedo en la boca mándanle callar.)

MARIA. Si es que está durmiendo. (Señala á Manrique.)

MIGUEL. ¡Ah!...

ALDS. Si es que... (Accion de dormir.)

MIGUEL. ¡Ah!

CASC. Si es... (Idem.)

MIGUEL. Pero, ¿por qué no me habeis dicho que bajara la voz?

CASC. ¡Otra! ¡Apenas os hemos trompeteado los oidos!

MIGUEL. ¿Qué? (Prestando oido.)

MARIA. Cascabel, evitad nuevas preguntas.

(Vuélvese Cascabel de espaldas á Miguel.)

MIGUEL. ¿Qué? (Creyendo que Cascabel le habla.) No oigo, apretad un poco; mas... mas... Cuando reina el Poniente, estoy muy duro...

CASC. Lo mismo que cuando reina al Levante.

MIGUEL. Mas, mas; pues señor, no entiendo (Cascabel pónese á hablar con Maria.) una palabra de cuanto me decis...

¡Ah! (Al apercibirse de que Cascabel no le habla, da á este un puntapié.) Bergante ¡toma! (Rien las aldeanas.)

CASC. ¡Ay! ¡Vaya si está duro!

MIGUEL. Bromitas conmigo eh ¡Bribon!—Echa á andar, (Á Maria.) hija mia.

CASC. (Tú me las pagarás.)

MIGUEL. Hace una hora que está esperando Juan el molinero para arreglar sus cuentas.

MARIA. Cascabel, tened la bondad de servir hoy el almuerzo á vuestro amo. (Á las aldeanas.) Dejad ahí eso con cuidado.

(Las aldeanas dejan las provisiones junto á la choza y vánse.)

CASC. Podeis marcharos tranquila.

MARIA. Servirle bien. Adios.

(Llégase Miguel de puntillas á ver si duerme el conde.)

CASC. Adios, y pensad alguna vez en mí... mononísima... ¡Ay! ¡quién fuera yerba para que vos la pisarais! ¡No, no son mas bonitas las amapolas!

(Dice esta frase andando de espaldas por mirar á Maria, hasta que tropieza con Miguel, á quien da un pisoton.

MIGUEL. ¡Ay! (Sin gritar, pero como el que siente un gran dolor.)

CASC. (¡Mira qué amapola esta!)

MIGUEL. ¡Imbécil!

CASC. Ya me las vas pagando.)

MIGUEL. ¡Ay, qué dolor siento tan agudo!!

CASC. ¿Pues no dice el embustero que lo siente estando sordo?

MIGUEL. ¡Si no mirara que lo habeis hecho sin malicia!

CASC. Lo que siento es (Á media voz.) no haberos destrozado el pié!

MIGUEL. ¡Qué! (Con la mano en el oido.)

CASC. Que si. (Fingiendo con la accion que habla en voz alta.) Que os pongais una cataplasma de ortigas.

MIGUEL. Hombre, levantad la voz un poco mas, porque no pesco ni jota. (Inclínase un poco con la mano puesta en el oido.)

CASC. Pues menos pescarás ahora.

(Escóndese en la gruta de la fuente sin ser visto de Miguel, que permanece en el centro del proscenio con la mano puesta en el oido.)

Anda, diviértete solito.

MIGUEL. ¿Estais ronco? Pues señor, cualquiera diria que estais mudo. Ni la respiracion siento siquie... ¡Tunante! (Nota que no esta Cascabel, y da una patada en el suelo.) Te has propuesto divertirte á mi costa?

(Cascabel en la gruta rie á mas y mejor.)

¿Dónde te escondes? Si no tuviera tanta prisa, ya te diria cuántas son cinco... pero no pierdo la esperanza de encontrarte, seor bufon, mal escudero!

(Entra en el molino. Tan luego como traspasa la segunda caja de bastidores, sale por la derecha Godofredo, con sigilo, y entra en la choza de Manrique por la puerta lateral. Saca del bolsillo una carta, y la deja en el capotillo de Manrique, despues de observar que este se halla dormido. Cascabel no le ha visto entrar; sale de la gruta tan luego como Godofredo entra en la choza. El traje y la fisonomia de Godofredo deben expresar algo diabólico.)

CASC. ¡Ha sido gracioso el engaño! ¡Já, já! (Imitando los movimientos que ha hecho Miguel.) ¿Qué? ¿Estais ronco? Ni la respiracion siento siquiera... ¡Já, já! (Mirando al molino.)

Cuando os he dicho que habeis de pagar muy caro vuestro puntapié! Pues señor, vamos á almorzar antes que despierte el amo: digo, si es que duerme todavia.

(Va á entrar en la choza por la puerta que da frente al público, al tiempo que sale por ella Godofredo. Cascabel retrocede espantado, dando un grito tan agudo, que despierta á su amo.)

¡Ay! ¡San Francisco de Paula!

GODOF. Chis... (Imponiéndole silencio.)

MANR. ¿Quién va? (Despertando.)

(Desaparece Godofredo por el muro que hay junto á la choza.)

CASC. ¡Ave Maria Purísima! ¡Es el mismísimo demonio!

MANR. ¿Quién va? (Saliendo de la choza.) ¡Ah! ¿Eres tú?

CASC. No señor, es él... (Temblando.)

MANR. ¿Quién es él?

CASC. Él... ese...

MANR. ¿Quién es ese? (Con mal humor.)

CASC. ¡Ay! (Con pavor, da un salto hácia Manrique.)

MANR. ¿Pero qué tienes, Cascabel?

CASC. Nada, señor, nada. Creia que me habia tocado en el hombro... ¡Si es mi sombra! Me sigue á donde quiera que voy. Ahora mismo ha salido de tu choza, y ¡uf! (Sorbiendo.) Se lo ha tragado ese muro.

MANR. ¿Pero de quién hablas?

CASC. De ese personaje misterioso con quien hablaste ayer tarde en la fuente del álamo.

MANR. ¿Godofredo? ¿Ese es un personaje misterioso? ¡Alma villana!

CASC. Tú dirás lo que quieras; pero el señor Godofredo tiene mala cara... Sus ojos despiden chispas, y como han dado en decir que es brujo...

MANR. Basta de simplezas. Si el miedo supersticioso que aflige tu espíritu ruin, no te ha engañado con algun fantasma, si realmente ha venido Godofredo á mi choza, habrá sido para invitarme á una batida que tiene proyectada.

Es una cortesia que le agradezco mucho. Ni una palabra mas sobre este punto.

CASC. Me la muerdo. (Poniéndose sobre la boca el pulgar y el índice de la mano derecha.)

MANR. Tratemos de cosas mas importantes.

CASC. ¿Importantes? ¿Quieres almorzar?

MANR. Todavia no.

CASC. ¿Pues qué entenderá mi amo por cosa importante?

MANR. Cascabel, escucha; hace tres dias que á estas horas poco mas ó menos, llega á la ventana de mi choza, hendiendo los aires una hermosa paloma azul.

CASC. ¿Azul? ¡Cosa mas rara!

MANR. Pendiente de una cinta blanca que rodea su cuellecito, trae una carta llena de palabras consoladoras. Ninguna firma aparece al pie de las tres que hasta ahora he recibido, y yo creo que bajo este anónimo se oculta algun amigo que, temeroso de ofender mi delicadeza con groseras ofertas, quiere favorecerme de una manera cortés y misteriosa. Quiero que todo el mundo ignore este secreto mientras sea posible, y para ello te encargo que todos los dias, desde hoy, entretengas á estas horas á la gente del molino con qualquier narracion curiosa.

CASC. Muy bien pensado. ¿Has dicho que desde hoy?

MANR. Desde este momento; anda, no pierdas un segundo.

CASC. ¡Y que no es entretenida la historia que voy á referirles! Hay entierros, apariciones, un oso que se come cuarenta y nueve criaturas...

MANR. ¡Brava relacion! Anda, vuela, y no salgas del molino hasta qua yo te avise...

CASC. En un periquete... ¡Ojalá te traiga el ave buenas noticias!

(Echa á correr y vuelve.)

MANR. El cielo te oiga.

CASC. ¡Ah, que no me olvides! Si tienes una ocasion favorable, háblale á Maria de mi amor, y pídele su blanca mano

para este tórtolo que se muere por ella. Ella tambien se muere por mí. Ya ves, yo soy una ganga, y si como es de esperar...

MANR. Hoy mismo le hablaré en tu favor, si no permaneces ahora un minuto mas en este sitio.

CASC. ¿Qué es un minuto? Mira lo que son dos piernas enamaradas. (Váse á todo correr.)

MANR. Dichoso tú que no sufres mi tormento.

ESCENA III.

MANRIQUE.

Opaca nube impelida
por el cierzo borrascoso,
oculta el azul hermoso
del cielo de nuestra vida;
el alma entonces herida
pierde la fé, pero alcanza
á mirar en lontananza
tras la nube malhechora,
esa luz consoladora
que se llama la esperanza.
Ciego yo, no la veia
desde esa rústica peña,
y una paloma me enseña
la rica esperanza mia.
¡Cuánto tarda! ¡Si seria!...
Nuestro espíritu ambicioso
cuando un bien espera ansioso
ni esperar siquiera sabe,
porque hasta el vuelo del ave
le parece perezoso.
Vivos tus rayos deten,
luz mia, no te consumas;
rápida mueve las plumas
mensajera de mi bien.

¿Por qué tardas? Llega, ven,
ya la luz que en lontananza
lucia, destellos lanza
de triste fulgor sutil...
¡No tardes, ave gentil,
que se muere mi esperanza!

(Cruzando de izquierda á derecha, se posa sobre la ventana de la choza de Manrique una paloma azul, de cuyo cuello pende una carta atada con una cinta blanca. Corre Manrique hácia la paloma, y coge la carta con avidez, Acto continuo, tendiendo el vuelo, váse la paloma.

¡Oh! ya llega, y aun no creo
que la tengo aqui delante.
¡Cuán dulce es el breve instante
de realizar un deseo!
Verte como ahora te veo
mi ambicioso afan ansía.
¿Ya te vas, paloma mia?
Hiende el aire presurosa,
da con tu pico de rosa
gracias mil á quien te envia.
(Abre la carta y lee con avidez.)

«Conde Manrique. Si tienes valor, todavia puedes ser »feliz. Vé á la fuente del Alamo; al dar las doce el reloj »del molino, se abrirá ante tus ojos una gruta: penetra »en ella, que en su seno hallarás la felicidad.» ¡Oh, no me falta (Deja de leer.) valor para penetrar en las entrañas de la tierra! Yo acudiré á tu cita, protector misterioso.

(Pónese el sombrero y se ciñe la espada.)

ESCENA IV.

MANRIQUE y CASCABEL. Este sale del molino, y viene precipitadamente al proscenio.

CASC. Señor, tus órdenes han sido literalmente cumplidas.
MANR. ¿Quién te manda venir sin tener mi aviso?

CASC. (Confidencialmente.) Si es que yo he visto la paloma, como ya estaba sobre el caso... Jé, jé...

MANR. ¿La ha visto alguno mas?

CASC. ¡Qué han de ver? ¡Si estaban embobados con mi relacion! ¡Qué elocuente he estado! Si hubieras visto el terror pintado en todos los semblantes... Por supuesto que no le he dejado comer al otro mas que siete criaturas, porque al llegar á la sexta, se han desmayado tres madres de familia.

MANR. Cascabel, de tu discrecion depende tu vida; ni una palabra acerca de esto.

CASC. Me pondré un tapon.

MANR. (Señala la choza.) Observa desde ahí cuanto ocurra para contármelo despues. Adios. (Váse hácia el foro.)

CASC. Que él te guie. (Descuelga el capotillo.) Cumplamos fielmente las órdenes del amo. (Échase de espaldas á la escena.)

ESCENA V.

DICHOS y MARIA, que baja del molino con una cantarilla. Habla á Manrique al pie de la senda.

MARIA. ¿Dónde va el caballero
con tanta priesa?

MANR. ¿Dónde la flor del valle?

MARIA. Por agua fresca.

MANR. Yo voy en busca
de esperanzas felices.

MARIA. Traedme algunas.

MANR. ¿Sin esperanza vives?

MARIA. Dias y noches.

MANR. Yo traeré esperanzas.

MARIA. ¿De qué?

MANR. De amores.

MARIA. ¡Son las mas ricas!

MANR. ¡Corro pues á buscarlas!

MARIA. Doblad la prisa.

MANR. Mis palabras ¿qué esconden
que asi te alegras?
MARIA. Esperar esperanzas
casi es tenerlas.
MANR. Voy en un vuelo.
MARIA. Dé venturas la Vírgen
al caballero.

(Váse Manrique cruzando el puente.)

ESCENA VI.

MARIA, CASCABEL acostado. Maria sigue con la vista á Manrique hasta que este desaparece.

MARIA. Ilumina mi espíritu
luz bienhechora.
«Esperanzas de amores»
dijo su boca.
¿Es que me ama?
Alma mia, no sueñes...
vamos por agua.

(Dirígese hácia la fuente de la gruta.)

ESCENA VII.

DICHOS, GODOFREDO, á quien da paso el pilon de la fuente. Al llegar Maria á la gruta, sale de ella Godofredo. Maria retrocede dando un grito de espanto.

MARIA. ¡Ay, Vírgen mia!
CASC. ¿Eh, qué es eso? (Levantándose. Mira por la ventana.)
GODOF. Chis... (Á Maria.)
MARIA (Tiemblo como la hoja en el árbol.)
CASC. ¡Uy, el demonio otra vez! (Santíguase.) Padre nuestro que estás en los cielos... santificado... (Reza.)
GODOF. ¿Por qué se anubla tu frente
y el pie retiras ligera?
¿Es esta la vez primera

que me ves en esta fuente?
¿No me encontró aqui puntual
tu belleza encantadora?
Llega á tomar en buen hora
de ese limpio manantial,
—sin temor y sin enojos—
el agua que te prepara,
que nunca será tan clara
como el cristal de tus ojos.

CASC. (¡Qué bien habla, Dios eterno!)

GODF. Desecha la turbacion.

CASC. (Y qué buena educacion
se recibe en el infierno!)

MARIA. No es el temor en verdad
el que mi paso suspende;
mas que todo, me sorprende
la ciega tenacidad
conque mis huellas seguis;
evitad el molestaros,
ni os amo, ni puedo amaros.

GODF. ¿Me engañas?

MARIA. Como lo oís.
El corazon sin doblez
de la que honrada se llama,
ni sabe mentir, ni ama
dos objetos á la vez.
Ó es mentida, ó la pasion
inspírala solo uno.

GODOF. ¿Es decir que amas á alguno?

MARIA. Con todo mi corazon.
Con fuerza nunca sentida,
con ese infinito amor
del que nacen, el dolor
ó la paz de nuestra vida;
que por tormentos horribles
todos los minutos cuenta,
con amor que se acrecienta

luchando con imposibles,
que en el alma concentrado
va abriendo profunda llaga,
con amor que no se apaga
ni aun con verse despreciado,
pues lejos de despedirlo,
á preferir nos induce
los tormentos que produce
á la par de no sentirlo:
y de tal modo enamora,
que con gusto el alma hiciera
ver la muerte, si la diera
la mano de quien se adora.

(Rie Godofredo.)

Burlad de mi candidez
si os place, mas bien se infiere
que quien ama asi, no quiere
mas que á un hombre, y una vez.

CASC. (Y ese soy yo, sin rebozo
lo pregona á boca llena,
Pues señor, es mucha pena,
no se puede ser buen mozo.)

GODOF. Con fuerza nunca sentida
con ese infinito amor
del que nacen, el dolor
ó la paz de nuestra vida,
que por tormentos horribles
todos los minutos cuenta,
con amor que se acrecienta
luchando con imposibles
te quiero yo, vida mia,
Con frenesí, de tal modo,
que aun escarnecido y todo
que idolatrarte tendria,
pues un fuego aqui encerrado
va engrandeciendo la llaga,
y es amor que no se apaga

ni aun con verse despreciado.
En vano mi ardiente fé
desalientas, yo constante,
Maria, ni un solo instante
de seguirte dejaré.
hasta que á tu corazon
tu propia conciencia indique,
que no merece Manrique
(Poca voz, pero concentrada.)
tu amante predileccion!

MARIA. Sabeis?...

GODOF. ¡Lo sé!

MARIA. ¿De qué modo
descubristeis mis amores?

GODOF. Mis celos desgarradores
lo han adivinado todo.
Él no te ama.

MARIA. Ya lo sé. (Con dolor.)

GODOF. ¡No te amará!

MARIA. No lo espero.

GODOF. Te desprecia.

MARIA. Asi le quiero.

GODOF. Partirá.

MARIA. Lo esperaré.

GODOF. Es muy pobre, está arruinado.

MARIA. Hay una fuerza divina
que nuestro espíritu inclina
en favor del desgraciado.

GODOF. Piedad se debe al dolor,
no cariño.

MARIA. Aunque es verdad,
¡cuántas veces la piedad
es la cuna del amor!

GODOF. ¡Yo te adoro!

MARIA. Ya lo sé.

GODOF. Tú me amarás.

MARIA. No lo espero.

GODOF. Mis tesoros...
MARIA. No los quiero.
GODOF. Me amarás.
MARIA. No os amaré. (Con fuerza.)
GODOF. ¿Tú sabes quién soy, Maria?
MARIA. Segun el vulgo engañoso,
un magnate poderoso
que ejerce la hechiceria.
GODOF. Pues no miente si tal dice.
MARIA. De su ignorancia es un cuento.
GODOF. Dime al pronto qué portento
deseas que aqui realice,
y ante tu ojos, hermosa,
lo verás ejecutado.
MARIA. ¡Creo yo en Dios demasiado
para ser superticiosa!
Vuestra insistencia dejad,
señor, y puesto que veis
que mi amor no lograreis
no querais mi enemistad,
que es insigne desatino
querer apagar mi amor;
y voy por agua, señor,
que hace falta en el molino.
CASC. (El pecho de esa chiquilla
en horno supe trocar.)
GODOF. ¿Y el agua vas á llevar
en tan tosca cantarilla?
MARIA. Limpia está.
GODOF. Pero es grosera;
manos de tantos primores,
solo deben llevar flores.

(Transfórmase la cantarilla en cesto de flores.)

MARIA. ¡Ay, Vírgen mia!
GODOF. ¿Qué altera, (Ironia.)
de tu semblante precioso

la paz dulce? ¿Ese portento?
Mi hechiceria es un cuento
que inventó el vulgo engañoso.

MARIA. (Dios mio, dame valor.)

GODOF. Pues contra tí la emplearé
si le amas.

MARIA. Pues le amaré.

GODOF. Pero si me das tu amor,
si «te amo» tu labio dice
como á Manrique le ha dicho,
no habrá en tu mente capricho
que mi poder no realice.
¿Qué... tu corazon ansia?
¿En joyas acaso sueñas?
Yo puedo hacer de esas peñas
montones de padreria;

(Transfórmanse todas las peñas de la decoracion en pedreria.)

que descienda perfumada
de aquellos arbustos ruines
blanda lluvia de jazmines
á tu frente regalada,

(Crecen los arbustos, y entrelazándose y formando arcos, arrojan sobre Maria una lluvia de jazmines.)

y que del cesped que ves
en esas quiebras tortuosas
broten millares de rosas
para alfombra de tus pies.

(Inúndase la escena de flores. De todas partes nacen y vienen á caer sobre Maria.)

Habla, que en mi voz potente
hallarás rico tesoro.
¡Mira trocadas en oro
las espumas del torrente!

(Transfórmanse en hilos de oro las aguas del torrente.

Á medida que van verificándose las transformaciones Maria aterrada va cayendo de rodillas.)

¡Mirarlas!

ASC. ¡Ay! como un galgo
me escaparia, Dios mio!

GODOF. ¿Te convences?

CASC. (Si este tio
querrá convertirme en algo?)

GODOF. ¿Hay quien mi poder arguya?
Todo lo puede vencer.
¿No te espanta este poder
conjurado en contra tuya?
¿Amas á Manrique?

MARIA. Si. (Haciendo un esfuerzo.)

GODOF. ¿Has dicho que si, responde? (Suenan las doce.)
Las doce; es fuerza que el conde
desaparezca de aqui.
La pobreza, de él va en pos;
tras de mí va la riqueza.
¿Qué prefieres?

MARIA. La pobreza.

GODOF. ¡Dios te guarde! (Con amenaza.)

MARIA. Guárdeos Dios.

(Desaparece Godofredo por la gruta.)

ESCENA IX.

MARIA, CASCABEL. Dirígese Maria hácia la choza. Cascabel sale de ella por la puerta que da frente al público, de modo que casi tropiezan ambos. Retroceden espantados.

CASC. y MARIA. ¡Ay!

CASC. ¡Qué susto me habeis dado!

MARIA. ¿Dónde se halla el conde?

CASC. ¡No lo... no lo sé!

MARIA. Adios. (Vá hácia el molino.)

CASC. Adios, y mándadme hacer una tazita de calaguala. ¿Ha-

bré sufrido alguna transformacion? ¡Dios mio! (Retrocede Maria.)

MARIA. ¿Sabeis si tardará?

CASC. ¡Ay! (Dando un salto hácia atrás.) ¡Caramba! ¡os habeis propuesto matarme á sustos!

MARIA. ¿Sabeis si tardará en volver?

CASC. Él estará aqui... tan pronto... como vuelva... No sé lo que me digo...

MARIA. Avisadme asi que llegue. (Váse corriendo.)

CASC. Ya me han dejado solo... Me voy á morir de miedo... Me taparé cabeza y todo. (Échase embozado en el capotillo.) No veo ni gota; asi podré observar mejor lo que pasa por ahí fuera. Dios te salve, Maria, el Señor... (Reza.)

MUTACION.

(Gruta de alabastro, coral y oro, pero de arquitectura tan irregular como la de las grutas naturales. Nace del suelo una peña grande, tambien de coral, alabastro y oro, sobre la cual hay una concha de nácar y plata, capaz de contener en su seno una persona. Armonia en la orquesta.)

ESCENA X.

GODOFREDO.

GODOF. ¡Ya debe hallarse Manrique dentro de la gruta! ¡Ay de él y de Maria! ¡Hola, á mí la Fortuna!

(Ábrese la concha de nácar. Sale de ella la Fortuna, vestida del modo como se representa á esta diosa.)

ESCENA XI.

GODOFREDO, la FORTUNA.

FORT. ¿Qué me quereis?

GODOF. Maria persiste en amar al conde. Es preciso apartar á

este de las cercanias del molino; de otra manera seria inútil cualquier lucha. Devolved al conde toda su riqueza; dadle la facultad de satisfacer sus deseos; pero avivad el fuego de sus pasiones para que marche mas rápidamente á su total ruina. Procurad sobre todo que jamás interese su corazon el cariño de Maria. Manrique llega: adios.

FORT. Sereis obedecido.

(Váse Godofredo. La Fortuna lo acompaña. Cesa la armonia.)

ESCENA XII.

MANRIQUE: en seguida la FORTUNA.

MANR. ¡Perdida vaga mi mente!
¿Qué rica mansion es esta?
¡Ecos de dulce placer
por sus ámbitos resuenan;
su voluptuoso ambiente
exhala aromada esencia
y es cada muro un alarde
de portentosa riqueza!
¿Qué misterio aqui se esconde?

(Sale la Fortuna.)

¿Qué rica mansion es esta?

FORT. La gruta donde yo moro;
seais bien venido á ella.

MANR. (¡Qué portento!)

FORT. ¿Qué os sorprende?
¿Os callais?

MANR. Vuestra belleza
tal arroba el pensamiento
que deja muda la lengua.
¿Sois la reina del recinto?

FORT. Soy una esclava.

MANR. Me pesa.

No reinará la hermosura,
que si reinara lo fuerais.
¿Quereis tener la bondad
de llevarme á la presencia
de quien rija esta mansion?

FORT. Yo seré la mensajera
de cuanto querais decirle.

MANR. Mucho me honrais, pero es fuerza
que sea yo quien le hable.

FORT. ¿Me buscábais?

MANR. No os ofenda
mi lealtad, mujer hermosa,
pero os diré con franqueza
que aunque bendigo el hallazgo
no vine aqui en busca vuestra.

FORT. Por eso, pues, me encontrais.

MANR. No os entiendo.

FORT. Aunque os sorprenda
lo que os digo, es la verdad.

MANR. ¿Pues quién sois?

FORT. La diosa aquella
que no es para quien la busca
sino para quien la encuentra.

MANR. ¿Sois la Fortuna?

FORT. La misma.
Vuestra antigua compañera.

MANR. ¡Qué ingrata fuisteis conmigo!

FORT. Toda la culpa fué vuestra.
Me pusisteis frente á frente
del vicio, deidad funesta
que á quien culto le tributa
la paz y la dicha niega;
en brazos de los placeres
pasabais la vida entera
sin consagrar ni un instante
á mi cuidado; yo, ciega
de rabia, viéndome objeto

de desden é indiferencia
por vuestra parte, os conduje
con mis ya cansadas fuerzas,
de la Usura acompañada,
á la perdicion completa.
Loco vos, me despreciasteis.
¿Qué querias que yo hiciera?
Un lujo desordenado,
contínuos placeres, fiestas,
y el juego, no hay en el mundo,
por grande y fuerte que sea,
fortuna que lo resista;
y es oportuno que entienda
el galan disipador
que de ingrata me moteja,
que despreciar la fortuna
es atraer la miseria.

MANR. Teneis razon, hice mal;
y si alguna vez me viera
poderoso, os aseguro
que obrara con mas prudencia.

FORT. No os creo.

MANR. Podeis creerme.

FORT. Vamos á hacer una prueba.
Rico sois; que yo os devuelvo
vuestras disipadas rentas,
la posicion que perdisteis,
intacta vuestra riqueza.

MANR. Es posible?

FORT. Os lo aseguro.
Volved á Madrid.

MANR. Quisiera
decir adios á las gentes
que en el molino me hospedan.

FORT. Es obligacion, cumplidla.
Si tardais, una corneta
de caza os dará el aviso

de partir.

MANR. Bien.

FORT. La rosa esta (Dále una.)
es un talisman.

MANR. ¿Sois maga?

FORT. ¿De qué os admirais? con ella
cumplireis vuestros deseos
si no se hallan en abierta
contradiccion con los gustos
de quien la rosa os entrega.
Tomadla, guardadla bien;
é id con Dios, que el tiempo vuela.

MANR. Me dais la felicidad.

FORT. Lo que os doy es la riqueza,
no es lo mismo. La fortuna
puede ser base de aquella:
pero el ser feliz depende
del modo como se emplea.

MANR. ¡Ah, yo sabré conseguirla!

FORT. ¡En vos consiste el tenerla!

MANR. ¡Ay de mí, si me dejarais!

FORT. ¡Ay de vos si me perdierais!

MANR. Guarde el cielo á la Fortuna. (Váse.)

FORT. El galan vaya con ella. (Idem.)

MUTACION.

La decoracion primera. Cascabel, Aldeana 1.ª, Aldeana 2.ª, coro de aldeanas y molineros de ambos sexos. Cascabel sentado junto á la choza. El acompañamiento dividido en grupos que se hallan en diferentes puntos de la escena. Unos comen, otros beben, etc., etc. Mucha animacion.

CASC. (Á unas Aldeanas.) Os digo que se ha transformado la cantarilla en cesto de flores, y en hilos de oro las aguas del torrente.

ALD. 1.ª Para la tonta que os crea.

CASC. Si lo he visto con estos dos luceros, aunque me está mal decirlo.

ALD. 1.ª Vaya, vaya, pues seguid disparatando ya que no quereis comer con nosotras. (Vánse.)

CASC. Si, para comer estoy yo... Lo que mas me confunde el esta carta que he encontrado en el capotillo del amo. Volvamos á leerla, y va la décimanona vez. (Lee.) «Si te inspira desconfianza la procedencia de la paloma, puedes experimentar préviamente el poder de la persona que la envia... Las dos azucenas que incluyo en esta carta, son dos talismanes; cada uno de ellos puede satisfacer tus deseos. Haz la experiencia, y conocerás cuán grande es el poder de quien se interesa por tí.»— Y aqui estan las azucenas.

ESCENA XIV.

DICHOS, MARIA, que baja del molino seguida de dos criados, los cuales traen un tonel de vino.

MARIA. ¡Qué buenas noticias (Corriendo.) os traigo, amigos mios! ¡Qué buenas noticias!

UNOS. ¡Maria!

OTROS. ¡Vitor!

OTROS. ¿Buenas noticias?

CASC. (¡Mi víctima, pobre chica!)

MARIA. Venid aca, señor Cascabel.

CASC. Estoy triste.

MARIA. Vaya, venid. (Dejan el tonel en el suelo los criados.)

CASC. Perdonad, pero estoy melancólico.

MARIA. Precisamente traigo yo con qué alegraros. Dice mi padre, amigos mios, que hoy habeis trabajado mucho, razon por la cual regala á cada uno un vaso del vino mas añejo de su bodega. (Gritos de alegria.)

CASC. ¿Vino? (Levantándose.) No quiero beber. (Se sienta.) (¡Qué triste debo estar cuando ni el vino me alegra!)

(Aparece Manrique sobre el puente. Baja al proscenio.)

MARIA. Repartidlo como buenos hermanos y no abuseis, que se sube fácilmente á la cabeza.

CASC. (Viendo á su amo.)¡Mi amo! ¡Qué contento viene! ¿Si habrá conseguido?... Si, su sonrisa me asegura la felicidad. ¡Ya soy otro hombre!

ESCENA XV.

DICHOS y MANRIQUE.

MANR. Buenos dias, amigos mios.

MARIA. ¡Ah, es él! (Con alegria.)

ALDS. Guarde Dios al señor conde. (Levántanse todos.)

MARIA. ¡Qué agitado venis! ¡Voy á serviros un refresco!

MANR. ¡Siempre tan buena! ¿Cascabel?

(Dispone Maria un refresco.)

CASC. ¿Señor?

MANR. Mírame los ojos.

CASC. ¿Tienes alguna pajita? Yo te soplaré.

MANR. No es eso, mentecato. Míralos bien: ¿no se retrata en ellos la felicidad?

CASC. ¿Qué quereis decir?

MANR. Que he recobrado toda mi fortuna... Que soy otra vez poderoso...

CASC. (Naturalmente.) ¿Conque somos otra vez poderosos?

MANR. Si, ricos, felices.

CASC. (Tomando un aire importante.) ¿Ricos, eh? Era natural. No hacen mas que devolvernos lo nuestro.

MARIA. Vaya, bebed. (Presentando á Manrique un vaso de refresco.)

MANR. Eres un ángel. (Bebe.)

CASC. (¡Cuánto villano! ¡Pobretones! Estoy corrido de tener que alternar con esa gentecilla.)

MARIA. (Á Manrique.) ¡Qué alegria respira vuestra cara! ¿Habeis encontrado las esperanzas que buscabais?

(Baja Miguel del molino y pónese á hablar con unos y con otros.)

MANR. Algo mas. He encontrado unas, y realizado otras.

MARIA. ¿De veras?

MANR. Si, Maria, soy otra vez feliz; y creo que pronto participareis de la alegria que inunda mi corazon. ¿Está vuestro padre en el molino?

MARIA. Vedle allí. (¿Qué ha querido darme á entender? ¿Me amará, Dios mio?)

MANR. Miguel, Miguel.? (Llamaado.)

CASC. ¡Como no le llames á tiros!

MANR. ¿Miguel? (Mas fuerte.)

MARIA. Yo le llamaré. (¿Qué irá á decirle?)

(Llega hasta donde está su padre, le coge del brazo, y le conduce á la presencia de Manrique.)

MANR. Acercaos vosotros, buenas gentes; quiero partir con todos mi alegria...

MIGUEL. ¿Qué?... (Á Maria poniéndose la mano en el oido.)

MARIA. (Trayendo á su padre de la mano.) Que el señor conde (Gritando.) quiere deciros no sé qué cosa.

MIGUEL. ¡Ah! ¿El señor conde?

MAMR. Si, llegad. (Levantando la voz) Tengo que daros efectivamente una buena noticia.

MIGUEL. ¿Qué os vais á Galicia?

ALDS. ¡Já, já!

OTROS. ¡Qué disparate!

MANR. Teneis una sordera en extremo dura.

MIGUEL. ¡Ah! ya, es á Extremadura, yo habia entendido Galicia. (Rien.)

MANR. No conseguiré que me entienda.

MARIA. Decid lo que querais, si os parece, y despues á mis solas yo me esforzaré en repetírselo.

MANR. Es lo mas acertado.

CASC. (Ya se lo va á decir. ¡Qué triunfo para mí!) (Estirándose.

MANR. Escuchadme todos.

MARIA. (¡Qué esperanza! ¡Cómo tiemblo!)

MANR. ¡Amigos mios! Aunque con sentimiento, voy á separarme para siempre de vosotros.

MARIA. ¿Qué? (Muestra de disgusto en todos.)

MANR. Acabo de heredar una inmensa fortuna, y vuelvo á la córte para vivir en ella de un modo digno de mi elevado nacimiento.

(Cascabel copia los movimientos de Manrique.)

Pocos instantes permaneceré ya aqui. El sonido de una trompa de caza será el anuncio de mi partida. Debo á todos vosotros, y en particular á Miguel, una franca y leal hospitalidad. Mi gratitud será eterna, y quiero antes de marchar hacerla pública por medio de un acto menos generoso que justo. Maria (Con intencion.) ama á una persona...

MARIA. ¡Ah, si! (Mirando á Manrique con esperanza.)

MANR. Yo señalo á Maria un dote de dos mil escudos, y pido su mano para la persona á quien ama... para Cascabel.

MARIA. ¡Vígen mia!

(Cúbrese el rostro con las manos, y cae desvanecida; sostiénenla varios aldeanos.)

TODOS. ¿Qué? (Acuden á socorrer á Maria.)

CASC. (Se desmayó; es natural. Yo me lo merezco todo...)

MARIA. ¡Qué burla tan infame!

MANR. Maria, hija mia?

MARIA. ¡Apartad, venis todavia á escarnecerme?

MANR. ¿No amas á Cascabel?

MARIA. ¿Si le amo? ¿No habeis visto mis ojos? ¿Nada os han dicho?

MANR. ¿Qué significa tu lenguaje?

MARIA. ¿No adivinásteis en ellos?...

MANR. ¿Qué?

MARIA. Basta. ¿Quereis acusaros de necio? Haceis bien: la necedad no deshonra como la infamia. Id con Dios.

MANR. (¡Ahora lo comprendo todo!)

CASC. (Llega hasta Maria con aire importante.) Vamos, Maria, vamos, no te afectes de ese modo... Yo te agradezco mucho esa pataleta... pero...

MIGUEL. ¿Qué pasa? (Á un grupo.)

VARIOS. Chis... (Impónenle silencio.)

MIGUEL. (Á Manrique que le vuelve la espalda.) ¿Pero, señor, qué ocurre?

MANR. Chis... (Le impone silencio.)

MIGUEL. ¿Otra?

MARIA. Huid de mi vista, (Á Cascabel.) os desprecio.

CASC. ¡Quisiera desmayarme! ¡Vaya un triunfo! ¡No, estoy furioso!

MIGUEL. ¿Qué sucede, Cascabel? (Este no le hace caso.)

CASC. Yo necesito desahogar mi rabia...

MIGUEL. ¿Qué? (Pónese la mano en el oido.)

CASC. Mirad hácia allí.

(Volviéndole de espadas. Miguel queda mirando á la choza con atencion.

MIGUEL. Pues no veo nada de particular...

CASC. Ahora verás estrellitas... (Le da un fuerte puntapié.)

MIGUEL. ¡Ay!

CASC. (Ya me desahogué.)

(Óyese un toque de caza.)

TODOS. ¡Ah! (Maria manifiesta la mayor agitacion. Silencio.)

MANR. (¡Oh! ¡Puede mas mi ambicion que sus lágrimas!) Adios, amigos mios, adios. (Váse corriendo.)

(Miran todos á Manrique.)

MARIA. ¡Se va! ¡Sin él para qué quiero la vida! Yo encontraré una muerte segura y pronta. (Huye tambien.)

CASC. ¿Adónde va Maria? Seguidla al punto. Temo una funesta desgracia.

MANR. Adios, amigos mios, adios para siempre. (Desde el puente.)

MARIA. (Desde una peña.) La que os da el adios último es Maria. Que me perdone el cielo. (Arrójase al torrente.)

TODOS. ¡Ah! (Aterrados.)

MIGUEL. Se hundió en el torrente.

GODOF. (¡Necios!... Está en mi palacio.) Ven.

(Se trasforma el interior de la gruta en la entrada de mi palacio de cristal. Aparece Maria. Cae de rodillas. Godo-

fredo le impide dar voces.)

CASC. Aqui de las azucenas. (Saca una.) Salva á Maria, y condúceme á la presencia de un ser poderoso.

(Se trasforma el interior de la choza en la entrada de una cueva. Una ninfa llévase á Cascabel.)

Ya no me espantan los peligros. Vamos.

GODOF. ¡Fortuna mia! ¡Cumple mis designios! Aleja á Manrique para siempre de estos lugares. ¡Hola!

(Trasfórmase toda la decoracion en nubes de oro y rosa; el puente en rueda de la Fortuna, guiado por la misma. Sufre la cascada la anterior trasformacion, sin que las aguas pierdan el movimiento. Repítese la armonia que se oyó en la gruta de la Fortuna.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

GRUTA DE FLORES.

En el centro una gran fuente con movimiento de aguas. En los primeros bastidores dos grandes délfines de bronce.

ESCENA PRIMERA.

La PRIMAVERA, CORO DE FLORES. Cada corista viste un traje que representa una flor diferente. Al subir el telon óyense tres golpes de campana china. Prestan atencion todas las flores. CASCABEL penetra por entre las que constituyen el muro.

PRIM. ¿Quién penetra en mis jardines?

CASC. ¡Ah de casa!

PRIM. Adelante.

CASC. No hay que incomodarse: soy yo... ¡Caramba qué palmitos!...

PRIM. ¿Quién sois y á qué venis?

CASC. Soy... soy... y vengo á... vengo á... (Distrayéndose con las bailarinas.)

PRIM. Decidnos vuestro nombre.

CASC. ¿Mi nombre? Pensando en... en... maldito si me acuerdo del santo de mi nombre. (Señala á las bailarinas.) Si, hijas

mias; es una verdad tan grande como un templo. En viendo unos buenos ojos, soy hombre al agua. ¡Mira los de esta qué bonitos son! ¡Y es blanca como un armiño!

PRIM. ¿Quién, Azucena?

CASC. ¿Se llama Azucena? Su nombre está en perfecta consonancia con la blancura de su cutis. ¿Y el pelillo de esa morenilla?

PRIM. ¿El de Pensamiento?

CASC. ¿Pensamiento? ¡En él quisiera yo verme grabado! ¡Pues no digo nada de esa boca! ¡Ay, qué boca!

PRIM. ¿Cuál, la de Clavel?

CASC. De clavel es efectivamente. De buena gana os llevaria entre mis labios, niña. Teneis á vuestro servicio una admirable coleccion de flores.

PRIM. No las tomeis por criadas; son mis hijas.

CASC. ¿Vuestras hijas? No es posible. Sois demasiado jóven para tener tanto vástago.

PRIM. ¡Oh! pues tengo muchos mas, y soy tan vieja como el mundo; pero me rejuvenezco todos los años.

CASC. Sois por ventura?...

PRIM. La Primavera.

CASC. ¡Ah, en efecto! La Primavera es la madre de las flores. Sin vacilar os aceptaria yo por suegra, Primavera hermosa.

PRIM. ¿Y podré saber el objeto de vuestra visita?

CASC. ¡Ay! ¿El objeto de mi visita? Jé, jé... ¡Mira qué dientes tan chiquitos tiene Azucena! Mucho tengo que deciros, pero mientras esten aqui esas flores... me distraigo... Sobre todo, ese Pensamiento absorbe el mio de tal manera...

PRIM. Dejadme sola. (Váse el coro.)

CASC. ¡Con qué gusto haria un ramo de todas ellas! Decidme, ¿son de este año?

PRIM. ¿Viven acaso las flores mas de uno?

CASC. Conozco poco la floricultura... pero desde hoy pienso dedicarme á ese estudio.

PRIM. Ya estamos solos, hablad.

CASC. Yo me llamo Cascabel, pero no sueno; es decir, soy pobre: hace veinte años que estoy al servicio del conde Manrique.

PRIM. ¿Sois su escudero?

CASC. Precisamente.

PRIM. Conozco vuestra historia. ¿Para qué me necesitais?

CASC. Ante todo, para que me deis noticias. ¿Ha muerto Maria?

PRIM. Vive. La salvó Godofredo, y la tiene encerrada en su castillo.

CASC. ¡Ah, pícaro! ¿Quién es ese bribonazo?

PRIM. Un hechicero poderoso de quien dependemos todas las magas de Castilla.

CASC. ¿Y cuáles son sus proyectos con respecto á esa muchacha?

PRIM. Convencido de que las violencias no han de hacerle dueño del amor de esa jóven, le ha concedido un plazo de dos dias, durante el cual Maria desplegará, ayudada de un talisman, todo género de seducciones para cautivar el cariño de Manrique; y si cumplido el plazo no ha conseguido enamorar su corazon...

CASC. ¿Se casará conmigo?

PRIM. No, se casará con Godofredo.

CASC. Eso lo veremos. ¿Qué es de mi amo?

PRIM. Ha empezado de nuevo su vida de lujo y disipacion. La Fortuna le protege, no solo por cumplir las órdenes de Godofredo, sino porque se ha enamorado perdidamente de Manrique.

CASC. (Estirándose.) ¿Y qué debo hacer para enamorar á Maria?

PRIM. Los talismanes que yo podria poner á vuestra disposicion, son menos poderosos que los de la Fortuna. Si pudierais conseguir el favor de esa diosa.

CASC. Creo que en cuanto (Con petulancia) vea mi talle... ¿Dónde vive?

PRIN. No os digo que la busqueis porque no la encontrarias. (Óyese un golpe de campana.) Las flores reclaman mi presencia. Podeis, si os place, visitar todo mi recinto.

Adios, y venid á verme siempre que necesiteis de mí. ¡Ah! debo advertiros que teneis un enemigo formidable en el padre de Maria, que actualmente se halla al servicio de Manrique, y os supone el culpable de las desgracias de aquella. Guardaos de él.

CASC. Guárdese él de mí.

PRIM. Adios.

CASC. Adios, apacible Primavera; voy á abusar de vuestra amabilidad.

ESCENA II.

CASCABEL.

CASC.

Encontrar tras los abrojos
las flores... lógico era;
sospecho que Primavera
me mira con buenos ojos.
Cabal, su mirada fija
denuncia su amor... lo siento,
pero, hija, mi pensamiento,
es de Pensamiento, hija.
¡Pensamiento! ¡Hermoso nombre!
Es casarse con tal flor,
el pensamiento mejor
que pueda tener un hombre.
No desisto de él ni á palos.
Por tí, Pensamiento bueno,
tengo el pensamiento lleno
de mil pensamientos malos.
Tu boca me dá el vivir.
¿Y tu pié? ¿Y el... pié? ¿Me explico?
¡Qué pensamiento tan rico (Sonríe.)
se me acaba de ocurrir!
¡Ay! cuando á tu lado esté
seré dichoso, verás;
¡y entonces no volarás

que yo te sujetaré.
Fácil es lograr mi intento
si en redes de amor te atrapo.
Si... ¿pero quién es el guapo.
que sujeta el pensamiento?
¿Y si sale volador?
Mi pensamiento se enfria.
Por fortuna, todavia
es un pensamiento... en flor.
Me caso... lo malo es...
De lo que ocurre me rio.
De ese pensamiento mio
nacerán otros despues.
Con esa flor me acomodo;
su talle me hace feliz.
¿Y su boca? ¿Y su nariz?
¡Pero los pies sobre todo!
Dirán que locura es
y qué sé yo cuantos nombres.
Á veces tienen los hombres
el pensamiento en los pies.
Casarse, mi boca dijo,
y con... ¿Quién lo creeria?
¡Ah, no, Maria, Maria,
es mi pensamiento fijo!

(Suenan dos grandes golpes de campana china.)

¡Ay, esos sonidos me hacen extremecer! Conozco con cierta pena que no es el valor, la cualidad distintiva de mi persona. ¿Qué es esto?

(Óyese una armonia producida por la orquesta.)

¡Calle! Qué transformacion se opera es esa fuente?

(Poco á poco la pilastra de la fuente trasfórmase en cristal, dejando ver en su seno la figura de Maria. Suspéndese el movimiento de las aguas.)

Esa cara... Señor, ¿tendré yo telarañas en los ojos? No,

no hay duda, es Maria... Si, Maria es... Maria, Maria de mi alma!...

(Va á dirigirse á la fuente, pero Godofredo, que ha salido por la derecha poco antes, le detiene cogiéndole de un brazo.)

ESCENA III.

CASCABEL, y GODOFREDO.

GODOF. Detente.

CASC. ¡Válgame el santo de mi nombre! ¿Aqui otra vez este Caifás?

GODOF. Vete.

(Empieza Cascabel á correr sin direccion fija.)

CASC. ¿Por dónde?

GODOF. Por ahí.

(Uno de los delfines abre una boca enorme.)

CASC. ¿Por esa boca?

GODOF. Tal vez encuentres en ella tu fortuna.

CASC. ¿Mi fortuna? ¡Vaya una fortuna negra!

GODOF. ¿Qué es eso, dudas? (Da un paso hácia él.)

CASC. No, no, ¿qué he de dudar? (Pues señor, dejémonos engullir.) Mascadme con cariño, amigo mio... (¡Necio de mí! ¿Para cuándo son las azucenas?) Abrid la boca un poco mas... mas...Asi... Eso es.

(El delfin ha ido abriendo la boca mas cada vez.)

Condúceme á la presencia de un ser mas poderoso que Primavera.

(Tomando carrera, se precipita en la boca del delfin, que gira y desaparece.)

ESCENA IV.

GODOFREDO y MARIA.

Acábase de abrir la pilastra de la fuente, y da paso á Maria, que aparece vestida de un modo fantástico y caprichoso.

GODOF. ¿Maria?
MARIA. ¿Sois vos? Llegad;
afan de hallaros tenia.
GODOF. No has de quejarte á fé mia
de mala hospitalidad.
En lecho de frescas flores
descansas; las auras suaves
te dan perfumes, las aves
con las cántigas de amores
de sus lenguas peregrinas
te envuelven en blando arrullo
y te adormece el murmullo
de las aguas cristalinas.
(Accion de enojo en Maria.)
Acrecientan tus rigores
el mal de mi pecho herido.
MARIA. Pensad que no habeis venido
á requerirme de amores.
¿Y el talisman?
GODOF. Hélo aqui.
(Preséntale un anillo.)
Un anillo.
MARIA. ¡Qué sencillo!
¿Y es poderoso este anillo?
GODOF. Él responderá por mí.
Haz que tu dedo aprisione
para hacerte obedecer.
Por dos dias de un poder
incontrastable dispone.

Si á Manrique poderosa
no sabe vencer Maria...

MARIA. Al rayar el tercer dia
la mano os dará de esposa.
¿Qué mirais que os causa enojos?

GODOF. De esos tus ojos el brillo.
Temo menos al anillo
que al talisman de tus ojos.
Con ese le vencerás.

MARIA. Poco puede á lo que escucho.

GODOF. El anillo puede mucho,
pero tu belleza mas.
¿Por qué otra vez se renueva
la duda en tu hermosa frente?
De que el anillo es potente
puedes hacer una prueba.

MARIA. ¿Será bastante que indique
mi deseo?

GODOF. ¿No ha de ser?

MARIA. Quiero el momento saber (En alta voz.)
dónde se encuentra Manrique.

(Oscurécese completamente la escena.)

Temo hallarle por mi mal
preso en red de otros amores.
Truéquese el muro de flores
en trasparente cristal.

(Conviértese el muro de flores de la gruta, en muro de cristal, quedando no obstante el zócalo de aquella tal como estaba. Al verificarse esta transformacion debe quedar completamente oscuro el proscenio, para que brille mas la gran cantidad de luz que debe haber en el foro. Al través del cristal que constituye la gruta, vése una hermosa decoracion de monte, en el cual se está haciendo una batida. Entre los cazadores deben verse algunas amazonas. Procúrese presentar un hermoso cuadro de caza, dejando ver tambien caballos y perros. En uno de los primeros términos se descubre á Manrique.

¿Es verdad, ó el alma sueña?

GODOF. Del sol á la roja lumbre,
ved á Manrique en la cumbre
de aquella eminente peña.

(Óyese á lo lejos un toque de caza.)

Salta.

MARIA. ¿Una dama?

(Manrique da la mano á una dama que se apea de un caballo.)

GODOF. Diria
desde aqui que es brava presa.

(Manrique besa la mano de la dama.)

Mirad, la mano le besa. (Con ironía.)

MARIA. (Con despecho.)
Es galan, por vida mia.

GODOF. (Intencionadamente.)
¡Con fé le presta su apoyo!

MARIA. ¡Me estais enojando!

GODOF. ¡Calle! (Sin hacerle caso.)
Ved como ciñe su talle
para saltar un arroyo.

(Verifícanse estos movimientos.)

¡Mirad!

MARIA. Ya los veo, si.
No volvais mas punzadores
mis celos; cuanto mayores
mas se apartan de mí.

GODOF. ¿Es verdad, bella Maria?

MARIA. Partid. (Con altivez.)

GODOF. Dejad los enojos.
(Ardo en la luz de tus ojos.)

MARIA. (No te amaré.)

GODOF. (Serás mia.) (Váse Godofredo.)

ESCENA V.

MARIA.

MARIA. ¡Cuál me enoja su presencia
y cuánto su faz me irrita!
¡Ay, mi corazon palpita
con un extraña violencia!
¡Si hallar pudiese una traza!
(Toque de caza lejano.)
¿Debo seguir los consejos
de mi corazon? ¡Qué lejos
suenan las trompas de caza!
¿Y cómo mandar que calle
la impaciencia que aqui
siente mi pecho? Inmediatamente
trocad esta gruta en valle. (Mucha voz.)

(Del zócalo de la gruta nacen rocas quedando la decoraracion convertida en valle árido. Desaparece el panorama anterior: en su lugar se ve un telon de horizonte.)

¡Comienza á luchar, Maria!
Ten valor. Quiero á la vez,
que hácia aqui con rapidez
dirijan la monteria.
Del poder de amor reniego
si no despierta su amor
adormecido, al calor
de este corazon de fuego
que sin él me moriria;

(Suena el toque de caza mucho mas cerca.)

ya se acercan, voy á verlé.
¡Lucha bien, que has de vencerle,
y alienta, esperanza mia!

Ya estan aqui. ¿Cómo hacer que Manrique descienda á este valle de un modo que no despierte sus sospechas?

¡Ah! ya lo sé. De ese modo.
(Suena un tiro.)

MANR. (Dentro y en alta voz.) Yo la recogeré; volad las otras.

MARIA. Temo que me venda la emocion. Quiero presentarme ante sus ojos bajo esta apariencia para él desconocida.

ESCENA VI.

MARIA y MANRIQUE.

MANR. (Dentro.) No os detengais, seguid cazando. (Sale.) ¡Oh! qué aparicion tan inesperada! ¿Quién es esta mujer? ¡Bendita sea mil veces mi fortuna!

Raro es ver entre zarzas
y duras peñas,
aromando el ambiente
flores tan bellas.

MARIA. Y entre peñascos
ver galanes apuestos
tambien es raro.

MANR. ¿Qué busca solitaria
la rosa pura?

MARIA. Y el señor caballero,
¿qué es lo que busca?

MANR. Yo, un ave herida.

MARIA. Si es herida del pecho
vedla en mí misma.

MANR. ¿El amor os ha herido?

MARIA. Con sus desdenes.

MANR. ¿Tal conjunto de gracias
hay quien desdeñe?
Por una de ellas...
yo contento y gustoso
la vida diera.
¿Por qué pastor altivo

sufris llorosa?

MARIA. No es pastor el que adoro,
no soy pastora.
Padece mi alma
porque vivo en el mundo
desamparada.

MANR. Rico soy, ninfa hermosa,
soy poderoso;
disponed de mi espada,
de mis tesoros,
de mis instantes,
vuestros son, como es vuestra
toda mi sangre.

MARIA. ¿No es compasion fingida?

MANR. Podeis probarlo.

MARIA. Si pidiera el apoyo
de vuestro brazo,
¿lo hallara firme?

MANR. Juro, por Dios, que es vuestro.

MARIA. Pues bien, oidme.
El ser á quien adoro,
de goces ávido,
su juventud hermosa
disipa rápido
del vicio en alas,
por impuros placeres
dejando mi alma.
Le rodean traidores
y él no lo sabe;
de mi pecho le alejan
esos infames,
y al mal le incitan,
porque á su vida atentan
como á mi vida.
Mas que yo, ninfas bellas
hallará muchas:
pero que asi le adoren,

eso ninguna.
¿No he de quererle,
si es el amor primero
que mi alma siente?
Me olvidará, es seguro,
pero en el dia
de la desgracia acerba,
cuando afligida
su jóven alma,
sin hallar quien las seque
derrame lágrimas;
cuando su voz doliente
busque un amigo
para encontrar ingratos,
duelos y olvido...
diré gozosa:
desamparado y triste
te ves ahora;
mientras ibas en brazos
de la Fortuna,
despreciando los ayes
que ninfa oscura
triste exhalaba
por las agrestes quiebras
de esas montañas,
ella pagar sabia
cada desprecio,
con grabar mas tu nombre
dentro del pecho;
y ella te adora,
tú eres su amor, su vida,
tú eres su gloria.
Alza tu hermosa frente,
que anublan penas;
para tí tengo dichas,
tengo grandezas,
y los tesoros

de un corazon que late
para tí solo.
Él entonces gozoso,
con débil labio
trémulo de alegria
dirá: «¡yo te amo!»
¡Dulces palabras
que inundarán de goces
toda mi alma!
Porque el infierno mismo
no fuera infierno
si el precito esperara
llegar al cielo!
¿Qué son las penas
cuando por mas que tarden
las dichas llegan?
Si esas palabras dulces
no pronunciara...

MANR. Merecia le muerte.

MARIA. ¿Vendreis á dársela?

MANR. ¿Cuándo, la ninfa?

MARIA. Sobre este mismo suelo
de aqui á dos dias.

MANR. No esperareis en vano;
muerte he de darle.

MARIA. ¡Ojalá quiera el cielo
que no le maten!

MANR. ¿Temeis su muerte?

MARIA. ¡Porque será decirme
que no me quiere!
Hallo luz en mis ojos
mucho mas clara,
y es que ven con las luces
de la esperanza.

MANR. ¿Sois mas dichosa?

MARIA. ¡Cómo alivia las penas
el que las oigan!

¡Hora bendita sea
la en que pisasteis
esas desnudas rocas
y estos breñales.

MANR. Sea bendita.

MARIA. Y adios, el caballero.

(Váse por la dererha.)

MANR. Y adios, la ninfa. (Váse por la izquierda.)

(Aparece Godofredo sobre una roca.)

ESCENA VII.

GODOFREDO.

GODOF. No penetro tus planes, desdeñosa Maria, pero yo velaré para destruir los efectos de tu poder. Prevenid mis deseos, magos que me prestais vuestro auxilio! (Desaparece.)

MUTACION.

Selva corta. Á la derecha una gran roca.

ESCENA VIII.

CASCABEL.

CASC. ¡Uf! ¡estoy molido! (Por la izquierda.) Mejor, mucho mejor que andando me encontraba en el estómago del mónstruo. ¡Ay, qué agujetas! confieso que he pasado un mal rato. Vuelta á esperar. Me ha citado la ninfa para las doce, y el reloj del vecino villorrio acaba de dar las once... Una hora de planton... Vaya, esperaremos sentados. ¡Qué sueño tengo!

(Siéntase al pie de la roca, cuya disposicion no permite que Cascabel sea visto de los que despues aparecen en escena.)

¡Ah! No he pegado los párpados, porque como en aquella oscuridad habia de estar con cada ojo asi... No,

esperaremos echados. (Échase.) ¡Este sitio convida á acariciar un sueñecillo! (Besteza.) Algo duro está el lecho... pero ¡ah! ya me encandilo... ya me encandilo. (Empieza á dormitar.) ¡Cuántos disgustos nos acarrean las mujeres! ¡Mujeres! ¡Jé, jé! (Rie.) No puedo pronunciar esta palabra sin relamerme los labios... Muchos disgustos... nos causan... muchos... ¡Jé, jé! He vuelto á acordarme de lo mismo. (Santíguase torpemente.) Vamos, vamos, Satanás, aparta... no me perviertas... Ya tengo gana de reir otra vez. Si siempre que me acuerdo de ellas tuviera que reirme... jamás estaria triste... Ya no me rio mas. ¡Já, já!... ¡Ay! (Duerme.)
(Ronca de vez en cuando de una manera ligera:)
Muchos disgustos nos... much... (Óyese una trompa de caza.)

ESCENA IX.

Un PAJE DE GODOFREDO por la derecha; poco despues por la izquierda, MANRIQUE, MIGUEL, MONTEROS y CRIADOS. Traen grandes haces de ramas.

Los criados y monteros, divididos en grupos, se colocan en diferentes puntos de la escena.

PAJE. No se ha equivocado mi señor: el conde llega.

MANR. (Hablando con los de dentro.) Descansad un rato; este delicioso valle os ofrece un cómodo reposo.

PAJE. (Adelantándose.) ¿Su excelencia el conde Manrique?

MANR. Yo soy. ¿Qué me quereis?

PAJE. Entregaros esta carta. (Le da una carta.)

MANR. ¡Ah! (Despues de ver la firma.) ¿Servis á Godofredo?

PAJE. En calidad de paje.

MANR. (Lee.) «Por mi montero he sabido que estais de caza. »¿Quereis dispensarme la honra de concurrir á una »fiesta que he preparado en mi palacio? Dista apenas »un cuarto de hora del valle donde os encontrais. Mi »paje os servirá de guia. Si no quereis que reforme la

»alta idea que tengo de vuestra bondad, no desdeñeis »mi invitacion.—Soy vuestro—Godofredo.» (Deja de leer.) Al momento vemos á partir. ¿Miguel? (En alta voz.)

(El paje va hácia la derecha.)

¿Miguel? (Gritando.) ¡Maldito sordo!

(Algunos cazadores indican á Miguel que le llama el conde.)

MIGUEL. ¿Si?

(Llégase á Manrique, pero sin oir lo que este le habla, dice lo que sigue, resultando de ello que ambos hablan á un tiempo.)

MANR. De cada dia tienes el oido mas duro. No se puede hablar contigo sin que se le irrite á uno la garganta.

MIGUEL. Señor conde, nos sucede la cosa mas particular del mundo. Figúrese vuecencia que los encargados de las provisiones nos han abandonado...

MANR. ¡Calla!

MIGUEL. (Siguiendo impasible.) Y que estamos sin pan, sin vino, y hasta sin agua.

MANR. ¡Calla! (Mas fuerte.)

MIGUEL. ¿Qué? ¿Decia vuecencia alguna cosa?

MANR. Es imposible seguir de este modo. Quiero devolverle la facultad de oir. Obedéceme. (Á la rosa.)

MIGUEL. Demonio de mosquitos, y qué musiquilla tienen tan fastidiosa.

MANR. Volved á palacio asi que descanseis. Adios. (En voz muy baja.)

(Dirígese á la derecha.)

MIGUEL. Sereis obedecido.

CAZ. 1° Decidle eso. (Á Miguel.)

MIGUEL. ¡Ah, si! Señor conde, señor conde... (Detiénese Manrique.) ¡Pues era friolera!

MANR. ¿Qué te ocurre?

MIGUEL. Que con el permiso de vuecencia volveremos inmediatamente á palacio, porque habiéndose extraviado los despenseros. . nos encontramos sin...

MANR. ¿Sin qué?

MIGUEL. Sin provisiones.

MANR. ¿Os parecen pocas todas esas?

(Algunas ramas traidas por los cazadores se convierten en cestos de comestibles.)

TODOS. ¡Qué!

MIGUEL. ¿Y de qué nos servirá sin vino?

MANR. ¿Será bastante el de aquel tonel?

(Conviértese en tonel otro ramaje.)

MIGUEL. Si, pero nos quedamos sin agua.

MANR. Esa fuente os la dará bien fresca. (Indica la roca.)

MIGUEL. ¿Cuál?

MANR. Esa.

(Dicha esta palabra, váse. Brota de la roca un abundante chorro de agua que viene á caer sobre el rostro de Cascabel, el cual se despierta sobresaltado.)

ESCENA X.

DICHOS, menos MANRIQUE y el PAJE.

CASC. ¡Ay, ay! ¡que (Levantándose.) me inundan, que me inundan! ¡Bueno he quedado!

MIGUEL. ¿Qué es eso?

(Acuden todos á la fuente con curiosidad.)

CASC. Señor, es fuerte cosa que no puedo dormir sin... ¡Ay, ay! (Saltando.) ¡Siento un frio! ¡Uy! ¡Ahora sí que tiritó! ¡Qué gotas hay tan atrevidas!

(Rien los cazadores al ver el estado de Cascabel.)

MIGUEL. ¡Calle! ¿Qué veo? ¡Sois vos, seor galopin!

CASC. (¡Miguel! Ánimas benditas.)

(Intenta huir, pero le detienen.)

MIGUEL. (Qué es huir? Sujetadme á ese bribon. Metedle en ese cesto.

(Los criados cogen á Cascabel.)

CASC. No me maltrateis; que yo juro no escaparme.

MIGUEL. Á otro perro con ese embuste, al cesto, al cesto inmediatamente.

(Métenle en el cesto á viva fuerza.)

CASC. (Las azucenas me valgan.)

(Queda oculto en el cesto, cuyas cintas atan los criados. Acto continuo algunos de ellos échanse el cesto á cuestas. Casi al mismo tiempo de hacer esta operacion, sale por la derecha una contrafigura de Cascabel, la cual atraviesa el teatro á todo correr. Al salir esta, dice Cascabel desde el bastidor: «Seguidme si sois hombres.» Miguel y los de acompañamiento, despues de mirar con asombro que el cesto está vacio, llegan hasta los bastidores de la izquierda. Al llegar á este punto sale por la derecha Cascabel, se adelanta hasta el centro de la escena y dice:)

«¿Qué me habeis de alcanzar? ¡Ni que fuérais galgos!»

MIGUEL. ¡Ah bribon! Si no te alcanzan las piernas te alcanzarán las balas. Nosotros te pescaremos.

CASC. ¡Hola! ¿Quereis pescarme? (Dentro.) Para que veais que no os temo, os voy á regalar las cañas. Á ver. Obedecedme.

(Trasfórmanse los arcabuces de los cazadores en cañas de pescar con sus aparejos correspondientes.)

¡Já, já! (Rie Cascabel.)

MIGUEL. ¿Te burlas de nosotros, eh? Ni aun asi ha de valerte la caridad. Á él, muchachos.

CASC. Vaya, señores pescadores, echen vuesas mercedes los anzuelos á este boqueroncillo.

(Roca y fuente se transforman en una cabeza de ballena, dentro de cuya boca se halla sentado Cascabel.)

MIGUEL. ¡Jesus!

TODOS. ¡Ay! Huyamos.

(Vánse confusamente, llevándose cuantos objetos habia en escena.)

MUTACION.

Gruta de la Fortuna.

ESCENA XI.

FORTUNA y GODOFREDO.

GODOF. Es preciso acabar con mi rival. Tengo dispuesto el banquete en el reino de las aves. La copa destinada á Manrique contendrá una preparacion horrible. Servídsela vos misma. Temo los ardides de esa campesina, y estoy resuelto á terminar la lucha muy en breve. Confio en vuestra lealtad. (Váse.)

FORT. Partid tranquilo. (Suenan las doce.)

ESCENA XII.

La FORTUNA, á poco CASCABEL.

FORT. ¿Quién penetra en este recinto?

CASC. ¡Qué oscuridad! ¿Si me romperé algo contra estas peñas? Como salga de aqui entero, le ofrezco un cascabel de plata al Cristo del Pardo. Creo que debo llamar. Mucho me convendria un rayo de luz. (Alúmbrase un poco la escena.)
Gracias. ¿Y no podré saber á quién debo dirigirlas?
(Al volverse, tropieza con la Fortuna.)

CASC. No os habia visto.
Perdonad. (¡Qué bella!)

FORT. ¿Cómo en el espacio
de mi augusta cueva
penetrar pudisteis?

CASC. Con una azucena.

FORT. Conozco la llave.
CASC. Es llave maestra.
FORT. ¿Qué pedis?
CASC. Fortuna.
FORT. ¿La teneis?...
CASC. Muy negra,
y la quiero blanca,
ó á lo mas, morena.
FORT. ¿Sois noble?
CASC. Villano.
FORT. ¿Dichoso?
CASC. Con penas.
FORT. ¿Amais?
CASC. Con locura.
FORT. ¿Os aman?
CASC. Á medias.
FORT. ¿Es digna la causa?
CASC. Merece ser reina.
FORT. ¿Muy rica?
CASC. No es pobre.
FORT. ¿Bonita?
CASC. No es fea.
FORT. ¿Es jóven?
CASC. Retoño.
Los veinte no cuenta.
FORT. ¿Señora de rango?
CASC. No tal, molinera.
FORT. ¿No tiene familia?
CASC. De madre está huérfana.
FORT. ¿Y el padre, no os quiere?
CASC. Su padre es muy bestia.
Nacido en el campo,
metido en la aldea,
moliendo se pasa
la ruda existencia;
y no muele solo
dorada cosecha,

que muele y remuele
con una sordera
tan fuerte, tan dura,
tan rancia, tan terca,
que aquel que le habla
molido se queda.
Pedíle la hija,
nególa á la vuelta.
—Señor, que la quiero.
—Mejor, que la quieras.—
Rogué, supliquéle,
lloré, ¡ni por esas!
Mi hija—me dijo—
no quiere libreas;
hay mas: mi molino
trabaja por ella;
las gentes acuden
tan solo por verla,
y estando á mi lado
mis bienes prosperan.
Quien mi hija me arranca
me arranca una muela.
Yo entonces le dije:
«Asi con la izquierda
le salto las suyas
si usted no me acepta.»
Gritó, nos cogimos,
le dí, lo vió ella,
y es claro, á fuer de hija
cerróme la puerta.
Á poco, de mi amo
prendóse la necia,
y el alma y la vida
conságrale ciega.
Por él no me quiere,
por él me desprecia,
por él y ese padre

que trague la tierra;
que es tonto, es imbécil,
grosero, babieca,
que tiene en su cara
vulgar y grotesca
y asi un poco ancha
y dos pocos negra
y tres pocos sucia
y cuatro de fea,
dos muchos de granos,
diez muchos de cejas,
cien muchos de hoyos,
mil muchos de pecas,
y á mas, de canalla
cien mil y cincuenta.
Ahí tiene la ninfa
mi historia completa.

FORT. ¿Se llama Maria?

CASC. Si tal.

FORT. (¡Qué sospecha!)
¿Manrique vuestro amo?

CASC. Cabales...

FORT. (Es ella.)
¿Decis que le quiere?

CASC. Con todas sus fuerzas.

FORT. ¿Y vos á Maria?

CASC. Cual ella no piensa.

FORT. ¿Pensais asediarla?

CASC. Yo si, hasta que muera.

PORT. Contad con mi apoyo.
Si vos consiguierais
que nunca á Maria
Manrique quisiera,
yo os diera en revancha
poder y grandeza.
Al vicio incitadle,
conseguid que sea

cruel con Maria,
que la odie de veras,
y en cambio pedidme
fortunas inmensas.

CASC. Yo haré que á Maria
mi amo aborrezca
desde hoy, implacable
declárole guerra.

FORT. ¿Me fio?

CASC. Fiaos.

FORT. ¿De veras?

CASC. De veras.

FORT. Si cumples tus votos,
poder y riquezas.
¡Si faltas á ellos,
la muerte te espera!

CASC. ¡Veremos quien falta!

FORT. ¡Veremos quien ceja!

CASC. Gozoso me parto

FORT. Yo quedo contenta.

CASC. Si cumplo...

FORT. Venturas.

CASC. Si falto...

FORT. Miseria.

CASC. Si pierdo...

FORT. Desgracias.

CASC. Si gano...

FORT. Riquezas.
Si cumplo...

CASC. Soy vuestro.

FORT. Si falto...

CASC. La guerra.

FORT. Si venzo...

CASC. La dicha.

FORT. Si vencen...

CASC. Tristezas.

FORT. ¡Pues ay del que falte!

CASC. ¡Pues ay del que ceda!

ESCENA XIV.

CASCABEL.

Del conde mi amo
seré centinela.
Que me abran los genios (En alta voz)
triunfante carrera,
y al punto me lleven
del conde á presencia.

MUTACION.

(Trasfórmase la gruta en el reino de las aves. Los trajes de las bailarinas, representan aves diferentes. Los hombres del baile estan vestidos con botargas de loros, guacamayos, canarios y otros pájaros de vistosos plumajes. Al verificarse la mutacion, todas las bailarinas, colocadas en diferentes puntos de la escena aparecen en actitud, teniendo cada una de ellas detras de sí, una magnífica cola de pavo real. La decoracion debe presentar un aspecto verdaderamente fantástico. Multitud de aves salta de fuente en fuente, y de rama en rama. Entre un grupo de aves, se halla Manrique bebiendo desordenadamente. En el mismo grupo se encuentran Godofredo y la Fortuna. Á la derecha, en una especie de jaula de oro y flores, hállase sentada Maria, vestida con una túnica de trasformacion, que representa el plumaje de un pavo real. Imítense algunos cantos de ave.)

CASC. ¡Jesus, Maria y José! ¡Qué cosa tan admirable! ¡Mira, mira, mira cuánto pajarillo! ¡Calle! ¿Pero cómo observar sin ser visto? Á ver, ver... aqui hay una especie de jaula ó de... (La en que está Maria) Desde ella vigilaré las operaciones de mi amo. Qué? ¡Hermoso pavo! (Viendo á Maria.) ¿Podré sin pecar de indiscreto, penetrar en vuestra rica jaula?

MARIA. Pasad si os place.

CASC. (No, pues es pava. El timbre de esa voz es femenino.) (Entra en la jaula haciendo mil contorsiones y cortesias.) Sentiria hollar la menor de vuestras hermosas plumas, pájaro delicioso.

MARIA. La mas rica de todas ellas, aun no es digna de que vos la piseis.

CASC. (¡Valiente pájara! ¡Uy, lo que sabe!) Sois tan atenta como hermosa. (Maria se sonrie y coquetea.) Bien podeis pavonearos, porque vuestra belleza excede á toda ponderacion. Perdonad otra imprudencia. ¿Sois pavo ó pava?

MARIA. Lo segundo.

CASC. Entonces, permitidme deciros que sois una pava que nada tiene de idem.

(Fuerte en la orquesta.)

¿Qué anuncia esa música?

MARIA. Un baile en obsequio de nuestros huéspedes.

CASC. (¡Ay, qué boca tiene la pavita esta!) Pues bien: dejaremos que bailen.

MARIA. Eso es... que bailen... (Con coqueteria.) ¡Jé, jé!... (Rie.)

CASC! ¡Jé, jé!... ¿De qué os reis?

MARIA. ¿Y vos?

CASC. De... de... (Al lado de esta pava debo estar colorado como un pavo.) Sois divina.

MARIA. No levanteis tanto la voz.

CASC. Es verdad; hablemos bajito... ¡Prestadme atencion, pava mia! (¿Ay, quién se comerá la pavita esta?)

MARIA. Hablad.

CASC. (Pues señor, vamos á pelarla.)

(La primera bailarina ofrece una copa á Manrique. La fortuna y Godofredo hablan aparte, recatándose de Manrique.)

GODOF. ¿Es esa la copa?

FORT. Si.

GODOF. ¿Está convenientemente preparada?

FORT. Con arreglo á vuestras instrucciones. (¡Necio! Encargar desgracias á la Fortua, es absurdo.)

CASC. (Decis que bebiendo ese licor...) (Á Maria)

MARIA. Se adquiere la facultad de enamorar el corazon de cualquier mujer.

CÁSC. ¡Ay, qué falta me está haciendo un trago de ese líquido!

MARIA. ¿Amais?

CASC. Ciegamente: y no soy correspondido.

MARIA. ¿Y desperdicias la ocasion de apasionar á la que hoy os desdeña?

CASC. ¿Qué me quereis decir?

MARIA. Arrebatadle al conde esa copa.

CASC. Ah, sí, teneis razon...

MARIA. Volad, yo os protejo...

(Corre Cascabel hácia Manrique, y le quita de las manos la copa que ha recibido de la bailarina.)

CASC. Señor mio, dar de beber al sediento es obra de misericordia. (Bebe.) Perdonad, pero si no bebó, me ahogo. Ea, ya soy irresistible.

(Gran golpe de campana china. Los bailarines se colocan en igual actitud que aparecieron. Maria sale de la jaula; entra en ella Cascabel. En la actitud de Godofredo y la Fortuna se pintan la rabia y la sorpresa. Manrique va hácia Maria, que se coloca en el centro del proscenio, mirando á Godofredo con altivez.)

FORT. ¡Es Cascabel!

GODOF. ¡Maldicion!
¡Y no poder conseguir!...
¿Qué hiciste? (Á Cascabel.)

MARIA. ¿Qué? Descubrir
vuestra inhumana traicion.

GODOF. Esa mujer ¿dónde estaba?

MARIA. Obre el poder del licor. (En alta voz.)

(Trasfórmase Cascabel en ganso.)

Mirad la burla, señor,
que el amigo os preparaba.

MANR. ¡Infame!

CASC. Me lo merezco;
si fuí siempre ganso y tonto. (Sale de la jaula en forma de ganso.)

MARIA. Partios conmigo pronto: (Al conde.)
yo tambien, conde, os ofrezco
riquezas y poderio.
Inútil es ese afan, (Á Godofredo.)
que está vuestro talisman
subordinado á este mio.

GODOF. ¿Qué decis? (Con espanto.)

(Aparece en el foro la paloma azul.)

CASC. (Debo estar bello.)

GODOF. ¡Ah, no! mirad cómo asoma
la codiciada paloma
con el talisman al cuello.
¿Quién de mi triunfo dudaba?

MARIA. (¡Necia, yo que suponia!...)

CASC. (Con qué gusto le daria
un picotazo á esa pava.)

MARIA. ¡Hola! evitad que se reuna (Mucha voz.)
con ninguno de los dos...

FORT. Evitad primero vos
que le ampare la Fortuna.

MARIA. ¿Por qué os encuentro reacio? (Al conde.)
¡Grande es mi poder!

FORT. Y el mio.
Te venceré.

MARIA. No lo fio.
(Mucha voz.) Á mi gruta.

GODOF. Á mi palacio. (Mucha voz.)

(Cambia toda la decoracion en templo de oro y plata. Desaparecen las botargas de los bailarines, quedando todos vestidos de telas de oro. Váse Maria, y á poco Cascabel.)

CASC. Yo te pelaré, descansa,
que aunque te parezco manso...
Mas, qué he de hacer siendo ganso?
Toma, buscar una gansa.

(Váse magestuosamente. Gran galop. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Parque del palacio de Manrique, decoracion hasta la tercera caja. En el centro del teatro un gran estanque, en el cual, entre una multitud de aves acuáticas, nada un enorme ganso. Estátuas de mármol en diferentes puntos de la escena.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL y varios CRIADOS.

Estos rodean el estanque con curiosidad. Miguel se hallará sentado en banco de proscenio.

MIGUEL. Vedle, vedle bien. ¡Oh, es un hermoso ganso! Como que se lo ha regalado un príncipe extranjero...

CRIADO 1.° ¿Si?

MIGUEL. ¡Vaya! Y cuentan de él mil hazañas milagrosas... Dicen que perteneció á un mago muy poderoso, coetáneo de Merlin; otros aseguran, que bajo esas plumas yace encantado un rey de Grecia... Majaderias, por supuesto... Para mí, no es mas que un ganso hecho y derecho... destinado á servir de adorno y curiosidad en el

parque del opulento conde Manrique.... (Óyese una campana de aviso.) Conque... (Vánse los Criados.) id inmediatamente á cumplir con vuestra obligacion. (Tiene una carta en la mano.) ¡Parece mentira! ¡Enamorado mi amo! ¿Enamorado perdidamente, y de quién? ¡De una pastora! ¡Jesus! Si no me lo asegurara una maga, no lo creeria. ¡Já, já! Pues señor, he visto muchos gansos, pero como este ninguno. ¡Demonio de animal! (Vuelve al proscenio.) ¡Cuidado si es grande!

(Miguel ha quedado cerca del estanque.

GANSO. ¿Si, eh?

MIGUEL. (Con naturalidad.) ¿Quién? ¡Me pareció haber oido!... Bah, imposible... estoy solo. Pues señor, ello dirá. (Toma un polvo.) La nobleza no excluye el corazon. Si la pastora es guapa... ¡achí! (Estornuda.)

GANSO. Dóminus tecum.

MIGUEL. ¿Otra? ¿Si habrá duendes (Con temor.) en este parque? ¡Demonio de miedo! ¿Será el ganso? ¡Imposible! Hombres que hablan como gansos, no deja de haber algunos; pero gansos que hablen como los hombres, ya es otra cosa... Ea, serenidad; para estos casos es la entereza! Acerquémonos. (Aproxímase al ganso.) Pobrecito, pobrecito. (Lo acaricia.) ¿Si hará alguna gansada? ¡Cá, es inofensivo! Adulémosle. ¡Hermoso animal! (¡Me parece que pronto te mandaré cortar el pescuezo!)

GANSO. ¿Á mí, Já, já!

MIGUEL. ¡Santa Teresa de Jesus! ¡Era él! ¡Hola, monteros, escuderos, lacayos, venid en mi auxilio con cuantos arcabuces podais encontrar en la armeria. (Grandes voces.)

GANSO. Nada temo. Llamad á quien os plazca.

MIGUEL. Daos prisa... acudid en mi socorro... ¡Que me va á despedazar!

ESCENA II.

DICHOS, y multitud de CRIADOS armados que llegan de diferentes puntos.

CRIADO 1.° ¿Qué voces son estas?

CRIADO 2.° ¡Jesus, qué escándalo!

VARIOS. ¿Pero qué ocurre?

MIGUEL. No puede ser sino el demonio en cuerpo y alma. Ea, no perdamos tiempo: poneos en fila y preparad los arcabuces.

(Pónense en fila los criados.)

CRIADO 1.° Pero...

MIGUEL. No hay pero que valga. Eso no es ganso... es Satanás en forma de ave... Preparen...

GANSO. Protégeme, fortuna mia...

MIGUEL. Apunten, fuego...

(Hacen fuego los Criados, pero en vez de balas, salen de los arcabuces centenares de cintas de colores. El ganso trasfórmase en Cascabel. Espanto general.)

TODOS. ¡Ay!

CASC. (Con aire de triunfo.) ¿Arcabuces á mí? (Pasea.) Soy invulnerable como Aquiles. No huyais, cobardes, vengo de paz.

TODOS. ¿Qué? (Reparando en Cascabel.)

MIGUEL. ¿No es Cascabel?

CRIADO 1.° Efectivamente.

CASC. Qué pronto olvidais á los antiguos camaradas. Venid acá, y renovaremos añejas amistades.

TODOS. ¡Cascabel! (Abrázanse.)

MIGUEL. ¿Pero quién habia de pensar?

CASC. Apretad, buenos amigos, mas... mas... Para vos el mas fuerte.

MIGUEL. Con mil amores.

(Cascabel hablará siempre á Miguel creyéndole sordo.)

CASC. ¿Temblais?

MIGUEL. ¿Cómo habeis aparecido de una manera tan extraña?

CASC. No es sino muy natural en los que como yo, sirven á brujos y hechiceros.

TODOS. ¡Ave Maria Purísima! (Santíguanse.)

CASC. Lo dicho. En menos de dos dias, he recorrido el globo de polo á polo.

MIGUEL. ¿Y de dónde llegais ahora?

CASC. Del imperio de las aves. Magnífico pais. ¡Verdadera tierra de promision!

MIGUEL. ¿Tienen las aves su imperio?

CASC. ¿Que si lo tienen? ¡Ya lo creo! ¡Admirable!

MIGUEL. Hombre, puesto que su Excelencia no está en casa, contadnos alguna cosilla de ese reino... porque francamente, la curiosidad nos escarabajea de un modo...

VARIOS. Si, si, contadnos algo...

CASC. Voy á complaceros... (Á Miguel.) Pero os advierto que no podré esforzar la voz constantemente.

MIGUEL. Si he recobrado el oido.

CASC. ¡Hola!—Ea, pues escuchadme.

(Rodéanle, y le escuchan atentamente.)

Bajo un sol que fecundiza
con generador abrigo,
inmensos campos de trigo,
llanuras mil de hortaliza
y mil y otras mil de alpiste,
que honran su abundante suelo;
con un azulado cielo
que nunca nieblas se viste,
bello, de costumbres suaves,
envidiado y no envidioso,
rico se alza y poderoso
el imperio de las aves.
(1) *En las posesiones vastas

(1) Suprímanse en la representacion los versos marcados con esta señal *.

*que forman su continente,
*se crian naturalmente
*pájaros de todas castas;
*mas con talento notorio,
*el poder constituido,
*en reinos ha dividido
*del imperio el territorio.
*Pueblan hácia el Mediodia
—*entre otros pájaros varios—
*los jilgueros y canarios,
*el reino de la Armonia,
*territorio encantador,
*por voces, aires y aromas;
*tortolillas y palomas
*viven en el del Amor,
*que sin duda es el mas bello;
*pavos, gallinas, capones,
*se alimentan á montones
*en el reino del Degüello;
*y asi sucesivameute
*toman denominacion,
*segun es la condicion
*de su alado contingente.

MIGUEL. (Interrrumpiéndole.)
*Perdonad...

CRIADO 1.° *¡Siempre estos sordos!

MIGUEL. *¿No hay córte allí?

CASC. *De alto porte.
*¡Los que anidan en la córte
*son los pajarracos gordos!
Vivieron allá en su infancia,
sobre aquel suelo feraz,
en esa estúpida paz
que nace de la ignorancia.
Mas despues, el tiempo andando,
pensaron, vieron, riñeron,
y al fin se constituyeron

bajo otra forma de mando.
Con extraña prevision,
el rey que se han elegido,
en ramos ha dividido
la vasta administracion,
poniendo con oportuno
talento,—porque es muy tordo—
asi... un pajarraco gordo
al frente de cada uno.
*Los ramos que existen son
*si no miento, Diplomacia,
*Guerra, Hacienda... ¿qué mas? Gracia,
*Marina y Gobernacion.
Se encarga á un ave muy fina
de la parte *diplomática*:
corresponde á un ave acuática
el ramo de la *marina*:
un pavo real... representa
la *gracia*; suele cargarse
con la *hacienda*, á fastidiarse,
algun pájaro de cuenta,
puesto que de cuentas es
el negocio: y finalmente,
de la *guerra* se halla al frente
desde antiguo, un gallo inglés.

MIGUEL. ¡Debe ser una gran cosa
el gobierno de esta tierra!
¿No habrá motines ni guerra?

CASC. ¡Ignorancia lastimosa!

MIGUEL. ¿Hay desórdenes?

CASC. Si tal.

MIGUEL. Mas ¿por qué? Yo me confundo.

CASC. No es fácil que todo el mundo
piense de manera igual.

MIGUEL. De escucharlo estoy absorto.

CASC. Unos quieren, sin embargo,
que se tenga el pico largo

y otros que se tenga corto.
Los de allá, mas alcabalas,
los de aqui, rebajar sumas,
estos, que se arranquen plumas,
aquellos, que se den alas
y espacios en que volar,
por raros distintos modos;
solamente quieren todos
una cosa: gobernar.
Y asi, entre el afan de mando,
que es muy difícil que acabe,
las cuestiones de ave á ave
y las cuestiones de mando,
y que si fué ó no fué,
que si doy, que si te ofrezco,
y por fin el «yo merezco
mucho mas que vuesarcé,»
dejarán á su nacion
en vez de irla mejorando,
sin pluma y carareando
como el gallo de Moron.

MIGUEL. Pues el remedio es sabido
para trocar tal fortuna:
¡caminen todos á una,
y es negocio concluïdo!

CASC. *Para hablar de cualquier ley
*que forman los padres graves,
*envian las demas aves
*á la córte de su rey
*una que las represente;
*estos son delegados.
*Cuatro veces congregados
*se suelen ver anualmente.
*¡Si vieras qué ambicionar
*estas altas posiciones!
*Es una de las cuestiones
*mas durillas de pelar.

*Con tal de ser delegado,
*tal se agita—yo lo vi—
*que hay pájaro por allí
*que se queda desplumado.
*Como á mas hay influencias
*que dirige garra oculta
*y hay tambien... ¡Uf! ¿Qué resulta?
*que entre algunas eminencias
*de reputado criterio,
*grave, vanidoso y manso,
*se delega á cada ganso
*que hace temblar el imperio.
Yo presencié una sesion,
que tuvo mucho que ver.
Ella os dará á conocer
cual se encuentra esa nacion.
¡Combate rudo, iracundo!
Presidia la batalla
un avestruz de gran talla
con voz de bajo profundo.
Veíanse en los escaños
sentados de varios modos,
muchos pájaros de todos
los colores y tamaños.
Hecha una vez la señal
y llamada la atencion,
dió principio á la sesion
un debate accidental,
con firmeza sostenido
por varias filas compactas.
Fué el debate por las actas
de un mochuelo producido.
Hubo golpes el en suelo,
y escándalo y griteria,
porque en fin, nadie queria,
cargar con aquel mochuelo.
Vínose luego á tratar

—paz y órden restablecidos—
sobre á cual de los partidos
se le debia achacar
no se qué perturbacion
en que se hallaba el pais.

MIGUEL. ¡Pues es un grano de anis!
¡Qué importante discusion!

CASC. ¡Vírgen de Belen, qué riña!
Ciertos pájaros belitres,
la achacaban á los buitres
y otras aves de rapiña;
raza destructora y fiera
que la desplumó en dos meses.
Quién, á los gallos ingleses,
quién, á una águila extranjera:
el ave en volar remisa
á la que acorta el espacio,
las que vuelan mas despacio,
á las que van mas deprisa.
¡Cuánta voz, cuánto denuesto!
¡Qué confusion, qué tropel
se movió, caro Miguel!
Pues señor, estando en esto,
tomó parte en la camorra,
cuyo calor no cesaba,
una cotorra que hablaba
lo mismo que... una cotorra.
«Señores, fuerza es decirlo: (Imitando la voz de las cotorras.)
la culpa de esta cuestion
corresponde á la fraccion
que representa ese mirlo.»
Y con fiereza espantable
y una actitud poco grata,
señaló, asi con la pata
á un mirlo muy respetable.
«¿Qué contestais?» Al oirlo,

todos airados decian:
El mirlo, por mas que hacian,
nada... se aguantaba el mirlo.
—¿Dime, por qué contra mí (Voz de gallo.)
esos tus rayos no vibras?
Dijo un gallo de diez libras
con cada espolon asi...
«Pido que el debate se abra (Idem.)
entre esa cotorra y yo.»
—Que si, que si.—No, que no.
—El avestruz.—No hay palabra.—(Voz muy hueca.)
Callad.—El gallo. No callo.
Y se levantó al momento.
—El avestruz.—¡No consiento
que se me levante el gallo!
—Quiero cantar.—¡Cosa rara!
—Que cante.—Que no conteste.
—Si cantára el gallo este, (Prolongando este canto del gallo.)
otro gallo nos cantára!
—Cerrad el pico.—No quiero.
Nada mi valor inclina.
—Ya cantareis la gallina.—
¡Señores, qué gallinero!
*No harán el estruendo aquel
*dos mares que se desborden,
*ni debió haber mas desorden
*en la torre de Babel.
*Despues consumieron turnos
*tambien en sentido fiero,
*pájaros de mal agüero
*y pajarracos nocturnos.
*Cantó claro un verderon
*sin exordios ni alharacas
*y hablaron unas urracas
*que éranlo de su nacion;

*cantó un tordo descarado,
*despues una codorniz
*y en seguida una perdiz
*como advirtiendo el nublado;
*volvió á moverse el mochuelo
*defendiendo á unos chorlitos,
*y hablaron unos gallitos
*que tomaban mucho vuelo
Y entre uno y otro avechucho
las voces *tranquilidad*
y *patria* y *felicidad*,
se cacarearon mucho
por todos los oradores,
hasta que con voz de trueno
el avestruz de ira lleno
les dijo: «Al grano, señores.»
Y acalló á grandes y chicos
quien antes lo quiso en vano,
porque la palabra *grano*
hizo abrir todos los picos,
y pararse y no chistar
ni echar siquiera el aliento;
viendo oportuno el momento
dijeron: «Pues á votar
con el alma sosegada.»
Y hecha al fin la votacion,
se levantó la sesion
sin sacar *en limpio* nada.

CRIADO 1°. Señores, señores, que llega su Excelencia.

CASC. Ah, ¿conque llega mi amo? (Va hácia él.)

ESCENA II.

DICHOS y MANRIQUE, por la izquierda.

CASC. ¡Señor de mi alma!

MANR. Querido Cascabel, ya tenia aviso de tu llegada.

CASC. Aqui me tienes otra vez á tus órdenes, fiel y sumiso como un faldero.

MANR. Necesito quedarme solo. (Á todos.) Id y celebrad dignamente el regreso de Cascabel.

CASC. En ese rasgo reconozco tu cariño.

MYNR. (Á Miguel.) Pon mi bodega á disposicion de todos ellos. Marchad.

CASC. (Á los criados.) ¿Vamos? (Á Miguel, que se hace el sordo.) ¿Vamos? (Le da una gran voz en el oido derecho.) ¿Vamos?

MIGUEL. ¡Ay!

(Vuélvese hácia la derecha. Cascabel, que ha pasado á la izquierda, le da un puntapié.)

CASC. Allá va otro suspiro.

(Dale el puntapié, y váse corriendo.)

MIGUEL. ¡Uy! (Rien todos los criados.) ¡Si no hay medio de estar en paz con este bribon! (Vánse todos, menos Manrique.)

ESCENA IV.

MANRIQUE.

MANR. Todo me incomoda, todo lo que no sea verla, oirla ó hablar de ella. ¡Es inexplicable lo que me sucede! ¡Yo que he despreciado tantas veces las mas altas gerarquias, me encuentro ahora ciegamente apasionado de una mujer de condicion humilde... ¡De una pastora! ¡Si es tan bella! (Suena lejana una trompa.) ¡Ah! El montero me anuncia que mi pastora ha descendido al valle. Corro á buscarla. Ojalá no me reciba desdeñosa. (Váse corriendo.)

MUTACION.

(Montañas altas y áridas hasta el foro. Grandes rocas á derecha é izquierda. Una de ellas forma una especie de caverna abierta de frente al público. Una senda practicable cruza los montes del foro. A la derecha una cabaña.)

ESCENA V.

GODOFREDO y la FORTUNA.

Godofredo viene disfrazado de pastor anciano. Bajan examinando las rocas y despues la escena, con gran curiosidad.

GODOF. No han llegado todavia. ¿Estais segura de la veracidad del emisario?

FORT. Es mi servidor mas fiel. Aqui y á la hora esta, estan citados Manrique y esa pastora, que no puede ser sino Maria.

GODOF. ¿Y decis que Manrique la ama?

FORT. Cuantas noticias he podido recoger, afiman que si.

GODOF. ¡Ay de ella y de Manrique si fuera cierto lo que os han dicho! Pero pasa la hora y sin embargo ni ella ni Manrique acuden á la cita.

MARIA. Bajad de ese peñasco... Pronto... vamos. (Dentro.)

(Se supone que dirige la voz á las cabras.)

FORT. ¿Habeis oido? Es la pastora.

GODOF. Es verdad... ¡Pero esa voz!...

FORT. La fingirá tambien.

MARIA. (Dentro.) Nunca os he visto mas reacias. Vaya, entrad en el corral.

GODOF. ¿Dónde nos ocultamos?

FORT. Esa roca nos ofrece un espionaje cómodo y seguro.

GODOF. Entremos.

(Dirígense Godofredo y la Fortuna hácta la caverna de la roca.)

FORT. Como os plazca.

ESCENA VI.

DICHOS y MARIA, que sale por la derecha. Corre á encontrar á MANRIQUE, que se halla al pie de la montaña.

MARIA. ¡Oh, ya está aqui! Renacer
siento la calma perdida.
¡Es la mitad de mi vida,
es casi todo mi ser!
¡Si llegara á conocer
que soy Maria!... Me muero
cuando su tibieza espero.
Mas, ¿por qué mi pecho llora,
si molinera ó pastora
que me quiera es lo que quiero?

MANR. ¡Lirio del valle,
pastora mia,
por qué agitada te encuentro, di?
¿por qué llorosa
la calma pierdes?
¿por qué suspiras lejos de mí?

MARIA. Porque si tardan
mis alegrias,
mis esperanzas yéndose van.
Pero renacen
cuando amorosos
los ojos veo de mi galan.

MANR. ¿Tú me esperabas?

MARIA. Como á la dicha;
como las lluvias el labrador.
Como... ¿qué digo?
si todo es poco...
¡Como el que espera teniendo amor
¿Vos me buscabais?

MANR. Como el que busca
la medicina para su mal.

Como el sediento
los verdes juncos
que le descubren el manantial.
Cuando bajaba
por esa senda
para buscarte, lleno de amor;
retratos tuyos
mis ojos vian
en cada planta y en cada flor.
Las amapolas
eran tus labios,
las azucenas tu blanca tez;
las sensitivas
tus sentimientos;
los alhelíes, tu candidez.
Pero al cogerlas
para besarlas
supe que envidia sienten por tí...
las amapolas,
las sensitivas,
las azucenas y el alhelí.

MARIA. Tambien yo via
cuando bajaba
por esa senda llena de amor,
retratos vuestros
que sonreian
en cada planta y en cada flor.
Una entre todas
fiel retrataba
vuestra apostura noble y gentil;
bella y hermosa
su frente erguia
como la reina del mes de abril.
Pero al cogerla
para besarla,
con sus espinas me hirió cruel.
Dije afligida...

«¿Con qué es traidora?»
¿Será el retrato, retrato fiel?

MANR. Pastora mia,
luz de mis ojos,
¿por qué me ofendes dudando asi?
Deja tus dudas
y tus recelos
hoy que anhelante vengo por tí.
Deja tu choza
y esas montañas,
cárcel indigna de tu beldad.
Luce y deslumbra
con tus encantos,
á la bellezas de la ciudad.
Tus pies lastiman
esos jarales
y esos peñascos que alzarse ves.
Alfombras blandas
tus pies merecen,
yo tengo alfombras para tus pies.
Dime ¿qué quieres?
¿Quieres palacios?
Ricos los tengo, son para tí.
Parte conmigo,
pastora mia,
luz de mis ojos, parte de aqui.

MARIA. Pobre mi madre,
sola en el mundo... (Fingiendo.)

MANR. Sola ni pobre no quedará.
Yo sabré darle
tantas riquezas,
que tu partida bendecirá!

MARIA. ¿Sois poderoso?

MANR. Cesen tus dudas,
gala del valle, puedo yo hacer
esos peñascos
y esos senderos,

y esas montañas reverdecer. (Voz.)
Todo florezca,
broten arroyos,
salten cascadas aqui y allí;
trinen los pájaros
sus armonias. (Voz.)
¡Hola, mis genios cúmplanlo así!

(Truécase la decoracion en un hermosísimo verjel de admirable vegetacion. Nacen cascadas, fuentes, arroyos, árboles y multitud de plantas exóticas. Debe representar el teatro una especie de oasis que contraste notablemente con la aridez de la anterior decoracion. Los dos últimos tercios de las montañas del fondo, no deben sufrir mas alteracion que la de cubrirse de verde. Toca la orquesta una armonia, y óyese el canto de algunas aves, pero de modo todo ello que no impida la representacion.)

MANR. ¿Dudas, pastora?
MARIA. ¿Quién dudaria?
MANR. ¿Qué me contestas?
MARIA. Parto con vos.
Dulce y tranquila
duerme mi madre,
darle quisiera mi último adios.
MANR. Ve, mas por ella
no te acongojes,
que regalada quédase aqui.
Mira su choza,

(Trasfórmase la choza en bonita alqueria.)

mira el rebaño
que le confio; míralo allí.

(Una multitud de cabras puebla los montes que han quedado cubiertos de verde, asi como otros varios puntos de la escena. El buen efecto de este juego estriba en que aparezca gran número de reses. No solo deben aparecer cabras en los términos lejanos, sino tambien en los primeros, y sobre todo encima de las peñas mas culminantes. Dése movimiento al ganado.

MARIA. Vuelvo al instante.

MANR. Sufro esperando.
MARIA. ¡Grande es mi pena!
MANR. ¡Grande es mi amor!
¡Cuanto te adoro!
MARIA. Yo os idolatro.
MANR. Vuelve, pastora.
MARIA. Vuelvo, señor.

(Entra Maria en la cabaña.)

ESCENA VII.

DICHOS, menos MARIA.

Godofredo y la Fortuna hablan á la puerta de la caverna.

MANR. ¡Es mi esperanza!

(Vuélvese de frente al público.)

FORT. Que el tiempo apura.
¿Cumplo mis planes?
CODOF. Cúmplelos, bien.

(Á la vista del público, trasfórmase la Fortuna en una pastora completamente igual á Maria. Acto continuo acércase agitada á Manrique, que trocándola con Maria le coge una mano cariñosamente.)

FORT. Ya la he besado.
MANR. ¿Sigue durmiendo?
FORT. Si despertara...
MANR. Vámonos, ven.
¿Partes contenta, (Muy rápido.)
luz de mis ojos?
FORT. ¿No he de partirme, yendo con vos?
MANR. ¡Cuánto te quiero!
FORT. ¡Cuánto te adoro!
Madre del alma, quédate adios.

(Vánse Manrique y la Fortuna por la izquierda. Sale Godofredo de la caverna, sube hácia el foro, y baja despues gozoso al proscenio. Á este tiempo sale Maria de la choza muy contenta.)

ESCENA VIII.

MARIA y GODOFREDO.

GODOF. Ya partieron; yo los ví. (En el foro.)
De placer no puedo apenas...
MARIA. De lágrimas dejo llenas (Saliendo.)
sus manos... ¿Qué, no está aqui?
GODOF. ¿Maria?
MARIA. ¿Quién?
GODOF. (Con alegria.) (Ya no puedo
dudarlo.)
MARIA. (¿Me habré vendido?)
GODOF. Vuestro galan ha partido. (Gozoso.)
MARIA. Esa voz...
GODOF. Soy Godofredo.

(Desaparece su traje de pastor. La Fortuna y Manrique cruzan la sierra.)

¿Por qué no ries ahora?
MARIA. ¡Qué implacable es vuestra guerra!
GODOF. Vedle cruzar esa sierra
con su adorada pastora. (Ironia.)
MARIA. ¿Un traje igual? Yo os maldigo.
¡Qué traicion!
GODOF. Mia es la traza.
Eres muy poco, rapaza,
para medirte conmigo. (Váse.)
MARIA. ¿Poco? Con desprecio escucho
las palabras de ese loco.
Tú me dices que soy poco,
yo te haré ver que soy mucho.

MUTACION.

(Decoracion corta. Gabinete tapizado de terciopelo negro tachonado de estrellas de plata. Dos armarios negros cierran por los lados la decoracion.)

ESCENA IX.

CASCABEL.

No quiero dejar de ver ni el menor rincon de palacio. Conque este es el gabinete del misterio, que tanto horroriza á los servidores de su excelencia? Pues nada tiene de misterioso.

VOZ. (Derecha.) Chist.

CASC. (Va á la derecha.) ¿Llaman? ¿Quién?

VOZ. (Izquierda.) Chist.

CASC. (Va á la izquierda.) Hola, es por aqui.

VOZ. (Derecha.) Chist....

CASC. (Va á la derecha.) No, es por allá.

VOZ. (Izquierda.) Chist...

CASC. (Va á la izquierda.) Cuando yo decia...

VOZ. (Derecha.) Chist...

CASC. ¡Dále! Si podré averiguar... Á ver... ¿Quién me llama?

ESCENA X.

CASCABEL y FLOR.

Sale por escotillon una niña en traje de Flor y entrega una carta á Cascabel.

CASC. ¿Qué? Bonita flor. (Váse por escotillon.) Adios... ¡Hombre, qué bien huele!... ¿Y esto qué es? (Abre la carta y lee.) «Al dar las cuatro, llámame. Tu amo va á casarse con »Maria. Para evitarlo, necesito que me obebedezca »fielmente. Á la hora indicada te hablará una ninfa. »Cumple sus preceptos sin vacilar.—La Primavera.» ¡Oh dicha! Soy el mortal mas venturoso... No me cambiaria en este momento por...

ESCENA XI.

CASCABEL, VOCES, y despues VIEJAS.

VOZ. (Derecha.) Chist...

CASC. ¿Otra? ¿Se le habrá olvidado decirme algo?

VOZ. (Izquierda) Chist...

CASC. ¿Por aqui ahora? ¿Teneis mas que salir como antes?

VOZ. (Derecha.) ¡Ay! (Quejido lastimoso y prolongado.)

CASC. ¡Esto es otra cosa! (Dando un salto. Retrocediendo, llega hasta el armario de la izquierda.)

VOZ. ¡Ay! (Izquierda.)

CASC. ¡Ay! (Temblando.) ¿Quién se queja?

LAS DOS VOCES. ¡Ay!

CASC. Ya lo creo que hay. Hay un miedo de noventa y cinco escalofrios por segundo. Vamos, Cascabel, vamos, ten valor. Si tiemblas ¿qué dirá de tí la posteridad? Ser misterioso (En alta voz.) que exhalas esos ayes... ¿Qué quieres de mí, responde?

VOZ. ¡Ay! (Izquierda, mas fuerte.)

CASC. Parece que sale la voz de ese armario.

(Aproxímase al armario de la izquierda.)

Responde digo. Sepa yo quién eres. Asoma siquiera la punta de la nariz.

(Por el centro del tercio superior del frente del armario, sale una nariz monstruosa. Su largo debe ser lo menos de tres palmos con el grueso correspondiente.)

¡Zambomba, y qué montaña!

(Corre hácia la derecha; al llegar cerca del armario, sale una nariz igual á la otra.)

¿Otra? ¡Vaya un par de chatos! ¿Saben vuesas mercedes que mi situacion tiene un par de narices?

LOS DOS. ¡Ay!

CASC. ¡Ahora comprendo sus dolores! Se quejan del peso de ellas.

(Colócanse las narices en sentido diagonal. La punta hácia arriba.)

¡Dios mio! Esto es que van á estornudar. (Muy asustado.) El hundimiento de este palacio es infalible.

(Las narices toman otra vez la horizontal.)

¡Ah! ¡no! Han tomado otra vez la horizontal. Es que me olfateaban. Respiro. ¿Tendreis por fin la bondad de decirme en qué puedo serviros?

VOZ. Acércate. (Izquierda.)

(La voz gangosa como de vieja.)

CASC. ¡Hola! ¡hola! ¿Conque dimana esa voz de una laringe femenina? Seamos galantes. ¿Qué me quereis?

VOZ. Acércate mas. (Izquierda.)

CASC. Si estoy encima de vuestras narices, como quien dice. ¿Por qué os quejabais?

VOZ. Porque me picaba un sabañon. (Izquierda.)

CASC. ¿Mire usted qué narices? ¿Y eso era todo?

VOZ. Rascadme, caballero, rascadme. (Izquierda.)

VOZ. Entonces, hacedme otro favor.

CASC. ¿Cuál?

VOZ. Agarradme las narices. (Izquierda.)

CASC. ¡Qué honor para mí! (Agárrase á las narices.)

VOZ. Tirad. (Izquierda.)

CASC. ¿Qué decis, señora? Ved que os puedo lastimar.

VOZ. (Izquierda.) No importa; tirad fuerte.

CASC. (Se las voy á pelar. Pero en fin, puesto que lo quiere)...

VOZ. (Izquierda.) ¿No tirais?

CASC. ¡Vaya si tiro! ¿No lo sentis?

VOZ. (Izquierda.) Mas, mas.

(Á medida que tira Cascabel, se prolonga la nariz, y empieza á verse salir del armario el perfil de una vieja.)

CASC. ¿Mas?

VOZ. (Izquierda.) Basta; soltadme. Tirad ahora de las narices de enfrente.

CASC Voy en un periquete. (Pasa á la derecha.) Con vuestro permiso, señora mia.

(Tirá de las narices que salen del armario de la derecha hasta que aparece tambien otro perfil de vieja.)

Avisadme si os lastimo. Ea, ya está.

VOZ. (Derecha.) Pues salgamos. Temia presentarme sola; pero una vez acompañada...

CASC. ¿Qué será esto?

(Una tras otra, salen de los armarios diez y seis ó veinte viejas de enormes narices, todas ellas vestidas igualmente de negro: las dos primeras se acercan á Cascabel. Las otras colócanse á derecha é izquierda.)

VIEJA. 1ª (Es la voz de la izquierda.) Gracias, hidalgo. Creed que os estaremos eternamente reconocidas.

VIEJA. 2ª Eternamente.

TODAS LAS VIEJAS. ¡Ay! Eternamente.

(Voces muy gangosas. Prolónguese mucho la terminacion de las palabras. Entre la nariz de las viejas primera y segunda, no debe quedar mas hueco que el preciso para que quepa Cascabel.)

CASC. ¡Señoras, que me voy á ahogar! tened la bondad de retiraros cuatro pasos. (Retíranse las viejas 1.ª 2 ª)

VIEJAS 1.ª y 2.ª ¿Así?

CASC. Asi. ¡Uy, no podia mas! Respirais como fuelles de fragua.

(Pasando la vista por las demás viejas.)

(¡Dios mio, qué trompetas!) ¿Y no podré saber qué sois, qué habeis sido, y cuáles son vuestras desgracias?

VIEJA 1.ª Os lo vamos á decir.

CASC. Pues ya os escucho. (Rodean las viejas á Cascabel.)

MUSICA.

VIEJAS. ¡Ay, ay, ay!

CORO DE VIEJAS.

Fuimos jóvenes y bellas,
muy hermosas,

¡si señor!
y sensibles para amar.
Pero el conde... ese Tenorio
fué tan malo
que... el rubor
nos impide continuar.
¡ay, qué rubor,
ay, qué rubor!

CASC. Con que mi amo?.. Pues no comprendo una palabra de cuanto decis.

(Cantando de repente.)

Vamos, ya, este cuarto esconde
las amantes infelices
á quien ha dejado el conde
con dos palmos de narices.

CORO. Con sus mimos
y caricias
en mi pecho
se escondió;
pero luego
seducida
y amargada
me dejó.
¡ay, amargada,
ay! me dejó.

CASC. Eso es una infamia.
Siempre fué un bribon.
(Pero igual al conde
me portara yo.)

CORO. Ya que ancianas
y á mas feas
y perdidas
nos dejó,
dadnos, jóven,
la belleza
que el infame

nos robó!
¡Ay! que el infame
¡ay! nos robó!

CASC. No hay inconveniente. Poneos en fila; voy á volveros vuestra juventud y vuestra dudosa hermosura.

(Colócanse en fila las viejas.)

CORO. Gracias, gracias mil,
pedid lo que anheleis.

CASC. No, lo de pedir,
ya vendrá despues.
Genios, reclamo
vuestro favor,
volvedlas hermosas.

(Trasfórmanse las viejas en jóvenes hermosas.)

CORO. ¡Qué admiracion!

(Lléganse á Cascabel contentas y gozosas.)

Ya somos jóvenes,
ya somos bellas,
ya somos útiles
para el amor.
Vos sois la causa
de nuestra dicha.
Gracias os damos,
¡gracias, señor!

CASC. Es muy justo
que recobren
su hermosura
y esbeltez;
ya veremos
de dejarlas
con dos palmos
otra vez.

(Cesa el canto. Suenan cuatro campanadas.)

HABLADO.

CASC. Las cuatro. ¡Hora dichosa!

TODAS. Gracias, gracias.

CASC. Entrad inmediatamente en vuestro encierro.

TODAS. ¿Cómo es eso?

CASC. Entrad, digo; si no, prolongo nuevamente los almacenes de vuestro olfato.

TODAS. ¡Ay! (Huyen precipitadamente por donde vinieron.)

CASC. Parece que les ha hecho efecto la amenaza. Pero, ¿qué es esto? Ea, quiero que se cumplan los vaticinios de Primavera. Realizadlos, diosa mia.

MUTACION.

(Desaparece el traje de Cascabel, quedando en uno enteramente igual al de Manrique. Representa el teatro un paisaje. En el centro dos grandes montañas sirven de estribo á un puente rústico, debajo del cual hay un abismo. Á la derecha una choza. Dentro de ella se halla Maria envuelta en una túnica blanca. Sale Maria y llama á Cascabel. Godofredo y un campesino se hallan de espalda al público mirando con curiosidad el puente.)

ESCENA XII.

CASCABEL, GODOFREDO, un CAMPESINO, MARIA y acompañamiento de aldeanos y pastores.

CASC. ¡Jesus, qué cosa mas admirable! ¡Y qué traje tan bonito!

MARIA. ¿Cascabel?

CASC. ¿Quién me llama?

MARIA. Venid inmediatamente. Soy la mujer de quien os ha hablado la Primavera. (Entra en la choza.)

GODOF. (Con misterio al campesino.) ¿Está bien preparado el puente? (Bajan al proscenio.)

MARIA. (Ap. á Cascabel.) (Nada temais; Godofredo os confundirá con el conde. Manifestadle inquietud por la tardanza de Maria.

CASC. Pero...

MARIA. No repliqueis: obedecedme.

CASC. Está bien. (Dirígese hácia Godofredo.) (Pues señor, á ello.) (Con ridícula petulancia.) Sabeis, amigo Godofredo... que... que...

(Váse el campesino por la derecha.)

GODOF. ¿Qué os sucede, conde?

CASC. Estoy inquieto. (Paséase.) La tardanza de Maria me... inquieta... mucho.

GODOF. Ya no tardará en volver.

CASC. Como tengo este genio tan fuerte... y estoy acostumbrado á que tiemble todo el mundo ante mi noble mirada!...

FORT. (Dentro.) Manrique, Manrique mio?

GODOF. Ya está aqui. (¡Qué ansiedad!)

MARIA. (¡Temo una torpeza!)

FORT. Héme de vuelta, bien mio.

(Aparece lejos sobre una peña rodeada de campesinos. La Fortuna viste el traje de pastora.)

GODF. ¿Pero qué haceis (Á Cascabel.) que no correis á buscarla?

CASC. Ah, si.. debo correr... yo debo... correr...

GODF. ¡Ved qué hermosa! Id al punto.

CASC. Si, si, no hay duda, ella es... Maria, Maria de mi alma... (Corre hácia el puente.)

GODOF. (¡Todo va á cumplirse! ¡Llegó la hora de mi venganza!)

CASC. No te precipites, hija. Concédeme el honor de bajarte del brazo. (Entra en el puente.) Soy el mortal mas dicho... ¡Ay!

(Húndese el puente cayendo Cascabel á la sima.)

TODOS. ¡Ay! (Grito de espanto.)

GODOF. (¡Todo se cumplió!)

(Henchido de gozo, queda de espaldas al punto donde estaba Maria. Esta saca á Manrique de la choza.)

MARIA. ¿Dudareis ahora? (Á Manrique.)

GODOF. Satisfice mi deseo.
Roto de mi bien el dique
¿quién me intimida?

(Manrique toca en el hombro á Godofredo.)

¡Manrique!
¿Es ilusion lo que veo?

(Maria déjase caer la túnica, quedando en traje de pastora.)

¡La pastora! yo os maldigo!

MARIA. Mia fué toda la traza. (Crúzase de brazos.)
¿Es muy poco esta rapaza
para medirse contigo?
Necio, ¿te convences?

GODOF. No.

MARIA. ¿Manrique, qué vais á hacer?

(Este echa mano á la espada.)

Ved que perdió su poder.

GODOF. ¿Quién me favorece?

FORT. Yo.

ESCENA XIII.

DICHOS y la FORTUNA, en traje de pastora. Trae en la mano la paloma azul. Cógela Godofredo.

MARIA. Me han vencido.

MANR. ¿Otra pastora?

GODOF. Era fuerza.

MANR. (¡Estoy dudando!)

FORT. (Señala á Maria.)
Conde, la que estais mirando
es una infame impostora.

MARIA. Escuchad... (Al Conde.)

GODOF. ¡Qué desatino! (Interrumpiéndola.)

FORT. ¿Pensais otra infamia ruin?

GODOF. (En alta voz.)
Vamos, paloma, al jardin
de mi alcázar submarino.

MUTACION.

(Palacio submarino de cristal. Muchos juegos de agua y luces. Grandes bolas de cristal con peces de colores. Infinidad de pescados. Procúrese hacer una decoracion fantástica y de mucho gusto.)

FORT. Vuestra intencion salió vana.

MARIA. ¡Quizá triunfaré algun dia!

GODOF. ¡Hasta mañana, Maria! (Bajo á esta.)

MARIA. Godofredo, hasta mañana. (Bajo á este.)

GRAN BAILE.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Representa el teatro el fondo de la sima donde cayó Cascabel en el acto tercero. Breñas y mucha espesura. Oscuridad. Huesos humanos y trozos de esqueletos de caballo, esparcidos por lo escena. Á la derecha un pedrusco capaz de contener dentro de sí dos personas.

ESCENA PRIMERA.

CASCABEL.

Nada. ¡Ni un rayo de luz, ni una grieta! ¡Pobre Cascabel! Ha llegado tu última hora. ¡Huesos humanos! ¡Una calavera! Pronto rodará por aqui la mia... Una canilla... dos... tres... Falta una para completar dos juegos de piernas ¡Ah! ¡ya! Seria cojo uno de los estrellados. Pero, señor, yo no puedo resignarme á morir de esta manera. Volveré á gritar. (Gritando.) ¿No hay quien socorra una desgracia? Venid por Dios en auxilio de un moribundo. No, no vendrán. Maldita sea mi fortuna.

(Ábrese una roca, y deja paso á la Fortuna. Otra da paso á Maria. Esta, en traje de pastora, aquella en su traje usual.)

ESCENA II.

CASCABEL, FORTUNA y MARIA.

FORT. ¡Buenas ausencias te merezco!

CASC. Bendita seais mil veces.

MARIA. (¡Oh! ya está aqui!)

(Ocúltase en el hueco de una peña de modo que la vea el público, pero no los actores.

FORT. Tu desconfianza te hace indigno de mi proteccion.

VOZ. (Dentro.) ¡Ah del desgraciado!

CASC. (Temblando.) ¡Válgame san Cirilo!

FORT. Nada temas; responde.

VOZ. ¿No contestas á mi voz? ¿Dónde te ocultas?

CASC. No me oculto, señor, salid si gustais.

ESCENA III.

DICHOS, y RUY PEREZ en traje de hechicero. Barba y bigote blancos.

RUY. ¿Erais vos el que demandaba auxilio?

CASC. El mismo. (No os alejeis.) (Á la Fortuna.)

RUY. ¿Cómo habeis penetrado en esta sima?

CASC. Muy sencillamente. De cabeza.

RUY. Sin duda os favorece algun mago poderoso, puesto que os hallo con vida.

CASC. Es una maga mi protectora. Vedla aqui. ¿No la conoceis? Es la Fortuna.

RUY. ¿La Fortuna? ¿Cómo conocerla si hasta hoy, señora, no he tenido ni aun la de veros?

FORT. ¿Sois desgraciado?

RUY. Desde la infancia.

FORT. ¿Ejerceis la hechiceria, no es verdad?

RUY. Pero no con poder propio. La ejerzo amarrado al yugo del poderoso mago que impera en este recinto.

FORT. ¿Deseais abandonarle?

RUY. Ardientemente.

FORT. ¿Entrásteis en él por vuestra propia voluntad?

RUY. No señora.

CASC. (Vamos, á este lo zamparon como á mí.)

RUY. Me arrojó á esta sima la mano de un criminal. Es una historia horrible. Si no temiera abusar de vuestra bondad, os referiria algo de ella.

FORT. Hablad cuanto os plazca.

CASC. Hombre, si, hablad cuanto os plazca.

RUY. Serví desde niño en calidad de paje, y de montero despues, á los señores duques del Encinar, en cuyo egregio palacio introdujo la fatalidad á un hechicero misterioso. La señora murió al poco tiempo, cuatro dias despues de dar á luz una hermosa niña. El duque murió al año de este fatal acontecimiento. El duque y la duquesa habian muerto envenenados.

CASC. ¡Vaya un mediquillo para un apuro!

RUY. En el período de una muerte á otra, el huésped ganó de tal modo el corazon del duque que este legó todos sus bienes libres en favor de su falso amigo, disponiendo que su título y fortuna pasasen tambien á él si al morir su hija no dejaba herederos forzosos. Esta cláusula, atendida la maldad del amigo infame, encerraba la sentencia de muerte de la niña. Asi fué efectivamente. Dueño absoluto de palacio el criminal Godofredo...

FORT. }
CASC. } ¿Qué?

MARIA. (¡Vírgen Maria!)

RUY. ¿Os habeis sorprendido? ¿Conoceis á ese hombre?

CASC. ¿Que si le conocemos?

RUY. Callad, y partid inmediatamente.

CASC. Pero...

FORT. No me repliqueis. Recordad á vuestro amo la asistencia á mi cita.

CASC. Permitidme un momento.

FORT. (Con imperio.) Desaparece de mi vista. (Húndese Cascabel por escotillon.)

CASC. ¡Ay, ay! Mire usted que es mucho cuento. (Baja murmurando y quejándose.)

FORT. Proseguid.

MARIA. (¿Crees estar sola? ¡Necia!)

RUY. Dueño absoluto de palacio el criminal Godofredo, poseedor de un talisman verdaderamente milagroso—una paloma azul—que habia adquirido el duque á costa de cuantiosas sumas, comenzó á ejercer todo género de crueldades. Una série de coincidencias, cuya narracion seria ahora inoportuna, me hizo dueño de todos los secretos de ese infame. Fingiéndome criminal y sediento de oro, gané su confianza, y una noche me indicó el deseo de que desapareciera para siempre la pobre niña. Ved si con el afan de salvarla me encargaria yo gustoso de aquella comision.

FORT. ¿Y la salvasteis?

RUY. No lo sé. Cogí á la niña, depositéla á gran distancia del palacio, ocultando su cuna entre unos matorrales, y previendo cualquier azar, con un alfiler y tinta azul le grabé una estrella en el brazo izquierdo.

MARIA. (¡Ah!)

RUY. Hecha esta operacion, y discurriendo una mentira bien tramada, acudí al punto donde me esperaba Godofredo para saber el resultado de mi cometido. El punto de la cita era el puente colocado sobre la boca de esta sima. «Murió;» le dije al llegar. «¿Á nadie contarás este secreto?» me dijo:—«Á nadie,»—le respondí.—Entonces una sonrisa diabólica se dibujó en sus labios, y replicó:—«Asi lo creo.»—No bien terminada esta frase, hundióse el puente bajo mis pies, y por decreto del cielo llegué con vida al fondo de este abismo.

FORT. ¿Prometéisme que una vez fuera de esta sima cumplireis mis instrucciones?

RUY. Con fidelidad.

FORT. ¿Os vengareis de Godofredo?

RUY. ¿Le conoceis, señora?

FORT. Responded á mi pregunta.

RUY. ¡Que si me vengaria! Con placer.
FORT. Seguidme. (Yo destruiré tus planes.)
RUY. ¿Por dónde?
FORT. Por aqui.

ESCENA IV.

MARIA.

MARIA. ¡Insensata! ¿Qué podrás hacer habiendo yo sorprendido esta entrevista? ¿Cuáles (Consulta el anillo.) son sus fines? ¡Ah! Aprisionar al mago y utilizar sus secretos en su favor si Manrique la ama, ó en favor de Godofredo si Manrique la desprecia. ¡Yo los estorbaré! ¡Hola, genios mios! Encerrad al mago de esta sima en la cércel de mi gruta en las ruinas del Encinar. Tú, enamorada Fortuna, acude á tu cita con Manrique, que una vez enamorado de su pastora, no hará mas que despreciarte. ¿Y cómo llevar á cabo mis demas proyectos? Dios me enseñará camino. (Váse por la derecha.)

MUTACION.

Biblioteca del palacio de Manrique.

ESCENA V.

CASCABEL.

CASC. (Desde la puerta del foro.) Pues todo eso me ha dicho. (Habla con uno que se supone estar fuera.)
No la hagas esperar. Ya sabes, amo mio, que la Fortuna es muy exigente. (Baja al proscenio.)

Estoy todo magullado.
Bien que el salto no fué broma.
Y mi voz suena asi... ¡Toma!
Suená á Cascabel cascado.

Pues bien, asi á la callada
si al mago logro coger,
sospecho que voy á hacer
una que sea sonada.
En hallarle está el apuro,
porque sin guia ni amparo,
¿cómo ver un dedo claro?
Bebiendo dos de lo oscuro.

(Oyense murmullos.)

¡Me voy á dar un envite!
¡Qué algazara! ¿Viene gente?
Son ellos... Precisamente
me buscan para un convite.
¿Á ver? El tropel ya llega.
¿Tengo el talisman? ¡Ah, si!
Bien, sin moverme de aqui (Gran voz.)
quiero hallarme en la bodega.

(Trasfórmase la biblioteca en bodega. Paredes húmedas y verdosas. Aislados entre sí, formando semicírculo y separados de la pared, aparecen diez ó doce toneles con los grifos de frente al público. Nace en el centro del proscenio un tonel mayor que los otros.)

Cumplido mi gusto está.
Gracias, maga protectora.
Alumbrémonos ahora.
Lo que fuere sonará.

ESCENA VI.

CASCABEL y CORO DE CRIADOS, CRIADO 1.° y 2.° y MIGUEL. Todos los criados traen vasos.

CRIADO 1.° Por fin os hemos encontrado, seor galopo.
CRIADO. 2.° Aqui está, aqui está.
TODOS. ¡Vitor!
MIGUEL. ¿Dónde os habiais escondido? Vámonos á la bodega. Estamos autorizados por el señor conde.

CASC. ¡Já, já! ¿Estais acaso en la biblioteca?

TODOS. Pues es verdad. (Con asombro.)

CASC. ¡Hola, hola! ¿Conque ya no distinguis las dependencias? Ea, señores, orgia completa. Vamos á vaciar las cubas...

MIGUEL. Llenemos el receptáculo. (Tocándose la barriga.)

CASC. Apodérese cada cual de un tonel, y, ¡ay del que caiga! ¡Firmes!

MIGUEL. ¡Señores, preferid los añejos! Yo me apodero de este. (El primero de la izquierda.)

CRIADO 1.º Yo de este. (El primero de la derecha.)

VARIOS. Yo de este. (Apodéranse de varios toneles.)

CASC. Pues yo de este. (El del centro.) Obedeced mis voces de mando, y que nadie vacile. Á ver. Á una.

MUSICA.

Sospecho que esas cubas
el mago quitará:
montémonos sobre ellas
y no se escaparán.

CORO. Aprobado, convenido.

CASC. Pues á montar.

CORO. Pues á montar.

(Cabalga cada cual sobre una cuba.)

CASC. ¡Qué famosos caballeros!

(Llevándose la mano á la boca, imita un toque de clarin.)

CORO. Voy á brindar.

CASC. Voy á brindad.

Gústame amar y beber,
mas quiere mi gusto fino
que sea tan negro el vino
como blanca la mujer.
En morenas no sé yo
cómo hay mortales que caigan.

Y si no, que me las traigan,
que me las traigan si no.
Despreciarélas
en el momento,
aunque hoy me siento
tan... no lo sé...
que si miraban
y sonreian
y me decian...
puede... que... que...

(Imita un toque de clarin y despues bebe.)

ti ti ri
ti ri ta ta.

CORO. Ti tiri tirirá
ta ta.

CASC. ¡Qué calor, ay, yo me muero!

CORO. Yo me muero, qué calor.

CASC. ¿Qué quereis? Decidlo al punto.

CORO. Un refresco por favor.

CASC. ¡Uf!

CORO. ¡Uf!

(Todos se hacen aire con las manos.)

CASC. Hechicera protectora
de este mísero mortal,
en seguida ven á darles
un refresco general.

VOZ. ¿General? (Dentro.)

TODOS. General.

VOZ. Cumplan su gusto.

(Trasfórmanse los toneles en tinas de baño.)

CORO. ¡Ay, ay, ay!

CASC. ¡Já, já, já!

(Al verificarse esta trasformacion desaparecen los trajes de los coristas, los cuales quedan vestidos de carnes hasta la cintura. Alúmbrase la escena. Las tapias de la bodega

se convierten en verja de hierro que da á un jardin. Tras de la verja aparece el coro de aldeanas que miran á los bañistas con curiosidad, y se burlan de su apurada situacion. Los coristas sacan y meten el cuerpo en la pila simultáneamente mientras cantan la cabaleta.)

CORO DE HOMBRES.

Cómo tiemblo:
cuál tirito,
yo me voy á congelar.
No me queda
mas remedio
que salir
y luego entrar.
¡Ay, ay!
Si me escapo
me ven esas,
si me mojo
esto es rabiar.
No me queda
mas remedio
que salir
y luego entrar.

CORO DE MUJS. Y CASC. Cómo tiemblan,
cuál tiritan:
van los pobres
á enfermar.
Es gracioso
el ejercicio
de salir
y luego entrar.
Si se escapan
los veremos:
si se mojan
es rabiar.
No les queda
mas remedio

que salir
y luego entrar.

HABLADO.

MIGUEL. ¡Nos van á matar de una paliza!

CASC. Seguidme á las inmediatas ruinas del castillo del Encinar. (Vánse corriendo despues de coger cada cual una enorme botella.)

MUTACION.

(Decoracion corta. Ruinas de un castillo feudal Pequeña puerta gótica en el foro. Dos grandes pedestales con estátuas rotas encima, cierran casi la decoracion. Algunos escotillones hacen salir estátuas durante la mutacion, las cuales quedan tendidas en el suelo. Poca luz.)

ESCENA VII.

CASCABEL y MIGUEL.

Ambos en estado de ligera embriaguez. Trae cada cual una enorme botella de vino. Viene Cascabel por la derecha y Miguel por la izquierda. Sin decirse una palabra, marchan frente á frente hasta llegar al centro del proscenio. Una vez juntos, beben, y despues prorumpen en una estrepitosa carcajada.

MIGUEL y CASC. ¡Já, já!

MIGUEL. He ganado la apuesta. ¿Conque viejo? ¿Conque yo soy viejo?... y he llegado al mismo tiempo que vos...

CASC. Porque habeis venido por el camino mas corto. ¡Vaya una gracia!

MIGUEL. ¡Já, já, já!

CASC. ¿De qué os reis?

MIGUEL. De esos pobretes. ¡Qué saltos daban! (Beben. Rie Miguel.)

CASC. Vaya, dejemos las risas y tratemos del asunto que me ha traido aqui.

MIGUEL. ¿Un asunto? Como gusteis.

CASC. ¿Nos sentamos?

MIGUEL. Sentémonos.

(Siéntanse junto á una estátua tendida en el suelo, colocándose al lado las botellas.)

Empezad, y al grano derechito.

CASC. Pues señor... ¿para qué rodeos?... El grano es que vuestra hija Maria vive, que yo quiero casarme con ella, y vengo á pediros su mano en toda forma.

MIGUEL. ¡Já, já! ¡Que vive, ya lo sé yo! ¡Já, já!

(Acércanse á ellos dos estátuas.)

CASC. (Este zángano no sabe mas que reir.)

MIGUEL. ¿Conque mi hija? ¿Conque Maria? Hombre, hoy es dia de confianza y de espansion. Ved si soy vuestro amigo. Voy á revelaros un secreto, un gran secreto...

CASC. ¿Si?

MIGUEL. (Despues de mirar á todas partes.) Maria... Maria... no es hija mia. (Con misterio.)

CASC. ¡Zambomba! Hombre, no calumnies á la difunta, cuya honradez fué proverbial en toda la comarca.

MIGUEL. Si no es eso... (Despues de reir.) hombre... si no es eso... si es que ni mi esposa ni yo la hemos dado á luz.

CASC. ¿Habrá ganso como este?

MIGUEL. Os digo la verdad. Maria no es hija de nadie.

CASC. ¡Pues ya escampa!

MIGUEL. ¡Oh! es una historia muy tierna, una historia de lágrimas. Oid. Hace diez y seis años encontré á Maria durmiendo en una cuna dorada, medio escondida entre unos matorrales.

(Las estátuas alejan las botellas de Cascabel y Miguel.)

Cogila en brazos, la llevé al molino, y casi dejé la piel entre las uñas de mi mujer, á quien olió la niña como á contrabando. Á los gritos se despertó la criatura. Qué

ojos! Dos ruedas de molino. Despues lloró. Su llanto era tan tierno que á poco lloraba mi mujer. (Enterneciéndose.) Lloraban los criados. (Hace pucheros.) Lloraba yo... y... (Rompen á llorar Cascabel y Miguel.)

CASC. Llorábamos todos.

MIGUEL. Ji... ji...

CASC. Qué feo estais haciendo pucheros.

MIGUEL. Viendo despues que sus padres no parecian, la adoptamos, y ya no ha conocido mas madre que yo... Esta es la historia... (Vuelven á hacer pucheros.) Bebamos.

(Van con la mayor naturalidad á coger las botellas, y sorpréndense de encontrarlas lejos. Se miran.)

CASC. MIGUEL. } ¿Qué?

MIGUEL. Se han alejado.

CASC. Si... ¡Ah, no! Hemos sido nosotros.

MIGUEL. Eso es... teneis razon... ¡Cómo preocupa el miedo!

(Sin acabar de levantarse del suelo, alargan los brazos para coger las botellas; cuando se hallan de espaldas uno á otro, la estátua que tienen detrás, da á cada uno una palmadita en la espalda.)

MIGUEL. CASC. } ¿Qué quereis?

CASC. MIGUEL. } ¿Pues yo os he llamado?

MIGUEL. ¿No me habeis dado un golpe en la espalda?

CASC. Pero hombre, si el golpeado he sido yo.

MIGUEL. ¡Necio de mi!

(Las estátuas dejan otra vez las botellas.)

Vamos, estais de broma. Bien, hombre, bien... Vaya, bebamos... (Repítese el juego de las botellas.)

MIGUEL. CASC. } ¡Ay! (Con temor.)

CASC. ¡Pero si no las habiamos cogido!

MIGUEL. Es verdad.

(Intentan otra vez cogerlas, y otra vez se repite el juego de la palmada.

CASC. MIGUEL. } ¿Y ahora, lo negareis?

CASC. MIGUEL. } ¿El qué?

CASC. MIGUEL. } Hombre, para broma, ya basta.

CASC. MIGUEL. } ¿Os burlais? No sé como no...

(Levantan los puños para pegarse, pero incorporándose la estátua del centro, los detiene. Ellos sin levantarse se desvian espantados, pero tropiezan con las dos estátuas que se hallan bebiendo de las botellas. Tambien las estátuas estan sentadas.)

CASC. MIGUEL. } ¡Ay! ¡Uy! (Al ver la primera estátua y la segunda.)

(Levántase y van á huir, pero de todas partes salen estátuas que los detienen. Corren en todas direcciones. Últimamente Cascabel va á refugiarse en el pedestal de la derecha, y Miguel en el de la izquierda, pero las estátuas que hay sobre ellos, les dán un puntapié; Cascabel y Miguel vuelven de espaldas al centro del proscenio, y se dan un encontron.)

MIG. y CAS. ¡Ay, ay! ¿No hay quien me favorezca? (Segun convenga.) ¡Qué manos mas duras! ¡Santa Bárbara, qué puntapié! ¡Ay!! (Al darse un encontron.) Esto solo nos faltaba.

CASC. No puedo mas.

MIGUEL. Estoy molido.

CASC. Ea, fuera miedo.

MIGUEL. Lo mismo digo.

CASC. Venga mi botella. (Á la estátua que la tiene.)

MIGUEL. Y la mia. (Id. á la otra.)

CASC. ¿Pensais que soy manco? (Cada cual coge su botella.)

MIGUEL. Tengo yo mucha fuerza.

(Empiezan á forcejear con las estátuas. Dan un fuerte tiron, y quedan ellos y las estátuas con botellas en la mano, pero la fuerza ha hecho retroceder á Miguel, que se da otro encontron con Cascabel.)

CASC. MIGUEL. } ¡Ay!

MIGUEL. Pero imbécil... ¿qué, no me veias?

CASC. ¿Acaso tengo ojos en la espalda?

(Cada una de las estátuas que hay en escena, tira de la botella de Miguel ó de la de Cascabel, y saca otra: acto contínuo pónese á beber. De modo que poco antes de oirse la voz de Ruiz Perez, todos tienen su botella junto á la boca.)

MIGUEL. ¿Mas?

CASC. ¿Otra?

MIGUEL. Como vuesa merced guste.

CASC. ¡Dale!

MIGUEL. Vamos, bien; no hay remedio.

CASC. Pero, señores, ¿que no vamos á poder beber?

MIGUEL. ¡Y cómo lo cuelan, demonio!

CASC. Estos deben ser ingleses petrificados. ¡Valientes trompeteros! Vayan vuesas mercedes muy en hora mala. No hay mas botellas.

(Momento de pausa, durante el cual beben todos.)

RUY. (Dentro.) ¿No dais con la puerta? Venid por aqui.

(Al oirse estas voces, tiéndense repentinamente todas las estátuas, quedando inmóviles.)

MIGUEL. Ya la han tomado.

CASC. No es eso.

MIGUEL. ¿Pues que es?

RUY. (Dentro.) Seguidme. Ya estoy junto á la salida.

CASC. ¿Qué será cuando hasta el mármol se horroriza?

RUY. Afirmad bien los pies.

MIGUEL. ¡Ay!

CASC. ¿Los pies?

RUY. Ponedlos aqui.

CASC. Pues, camarada, pongamos los nuestros en polvorosa. En palacio nos veremos.

(Váse Miguel corriendo por la izquierda. Á Cascabel le corta el paso por la derecha un grupo de estátuas, corre hácia el pedestal creyendo que por el costado mas próximo al público podrá salir, pero tampoco halla paso, y queda escondido junto á una estátua.)

Por aqui no hay paso. Ni por aqui tampoco.

(Han salido Ruy Perez y Maria.)

Este es el mago de la sima... ¡Ay! ¡no acierto á respirar! ¡Si me ven, me trinchan!

(Queda oculto de modo que Maria y Ruy Perez no le vean.)

¿Cuánto va á que han engañado á la Fortuna?

ESCENA VIII.

CASCABEL, MARIA y RUY PEREZ.

RUY. Ya lo habeis leido; y aunque tambien es escasa aqui la luz, podeis leerlo otra vez. Tomad. (Dále un pergamino.)

MARIA. Estoy convencida.

RUY. No importa; leedlo de nuevo.

MARIA. (Lee.) «Únicamente las balas fabricadas en el reino »azul, pueden dar muerte á la paloma. El cofrecillo »que las encierra está enterrado junto al ciprés de la »fuente de este nombre.»

CASC. (¡Oh qué revelacion!)

MARIA. Quedo satisfecha.

RUY. Solamente el duque, mi señor, y yo sabiamos la existencia de ese documento y de este otro en el cual cifro principalmente mi venganza. (Saca uno mas pequeño.) Perdonad que no os lo enseñe hasta mas tarde.

MARIA. Pues no hay tiempo que perder. Debo acudir á una cita. Á las seis cesa mi poder, y el tiempo corre rápidamente.

RUY. Descuidad. Ya veis que nadie mas que nosotros conoce este secreto.

CASC. (Nadie mas que ellos. Mire usted lo que son las cosas.)

RUY. Réstame para llevar á cabo mi venganza, hacer unas gestiones importantes, con respecto á la niña.

MARIA. Lo primero es impedir que á las seis salga del reino azul esa paloma.

RUY. Yo lo impediré. Id á vuestra cita. El valle donde la tendreis dista apenas de este castillo un tiro de arcabuz. Si al sonar las seis de su reloj, ois tambien dos campanadas de la torre grande... lo hemos perdido todo. Ellas serán aviso del triunfo de Godofredo. Partid con Dios, que el tiempo apura. Bendigo la hora en que me habeis hecho conocer los planes de la pérfida Fortuna, de esa esclava del aborrecido Godofredo.

MARIA. Que el cielo os guarde. En vuestras manos queda toda mi esperanza. (Váse por la derecha.)

RUY. Partid tranquila. (Váse por la izquierda.)

CASC. ¿Conque en sus manos? (Sale.) Pastora, tu esperanza está en las mias... de modo que en buenas manos está el pandero... Hola, á mí la Fortuna. (Váse.)

(Vánse las estátuas.)

MUTACION.

GRUTA DE LA FORTUNA.

La misma que sirvió en el primer acto.

LA FORTUNA, GODOFREDO y luego CASCABEL.

FORT. Su resolucion es invariable y tan firme como su amor á la pastora.

GODOF. Entonces, cumplid mis instrucciones.

FORT. Me he anticipado á vuestros deseos. Manrique gime otra vez en la pobreza. Expulsado por mí de su palacio, no tendrá mas remedio que guarecerse en cualquier cabaña miserable. ¿Habeis enviado por la paloma?

GODOF. Si. ¿Y Maria?

FORT. Nada temais. Lo mas importante en este momento es vuestra entrevista con el mago de la sima. Id inmediatamente á la cárcel del palacio donde le tengo encadenado...

CASC. ¿Encadenado? (Por escotillon.) ¿Qué habeis de tener encadenado? Si... si... ¡Ay, dejadme tomar aliento! Bue-

na carrera me habeis hecho dar! ¡Y buena la hemos hecho despues de tantos afanes!

GODOF. ¿Qué sucede?

CASC. Sucede que... ¡Ay! (Muy agitado.) Yo os lo contaré todo. (Con rapidez.) Van á mataros la paloma... Hay un ciprés dentro de una bala, digo; hay una bala llena de cofres... ¡Uy! ¡Cuánto disparate!... Si el miedo ha perturbado mi sentido... Pero, en fin, sucede mucho... mucho... Tanto, que vuestro poder va á cesar de un momento á otro. Venid y os lo contaré todo.

FORT. ¿Qué dices?

GODOF. Seguidme. (Á la Fortuna.)

CASC. No perdais un instante.

FORT. ¿Por dónde?

GODOF. Por aqui.

(Vánse por la izquierda Godofredo y la Fortuna.)

CASC. Vamos á conquistar la felicidad. (Váse.)

MUTACION.

(Decoracion corta. Valle. El mismo de la escena sexta del acto segundo.)

ESCENA IX.

MARIA, en su traje blanco.

Ya no tardará en venir. Tiemblo á pesar mio, porque hoy se decide mi felicidad, ó mi desgracia de siempre. ¡Ah! ¡Ya está aqui! Valor.

ESCENA XI.

MARIA y MANRIQUE.

MARIA. Ya os aguardaba inquieta.

MANR. Preciosa ninfa,
nunca el que es caballero

falta á una cita.
Si llego tarde
no culpeis á mi gusto
sino á mis malés.

MARIA. *¿Qué dolor ha empañado
*la frente vuestra?

MANR. *Quien partió con ventura,
*vuelve sin ella.
*De aqui marchóse
*rico á la par de Creso
*quien vuelve pobre.
*No es perder la fortuna
*lo que destroza
*mi acongojado pecho
*que triste llora:
*doliente gimo,
*porque el ser á quien amo
*miro perdido;
*es que llamo al objeto
*de mis amores,
*y á mis ayes sus ayes
*no le responden,
*y van mis quejas
*á perderse en los ecos
*de esas praderas;
*es que las esperanzas
*que al ser mantienen
*vuelan con mis suspiros,
*pero no vuelven;
*¡y como tanto
*mis punzadoras dudas
*han suspirado!
*ya esperanzas no tengo,
*que el dolor mio
*con su bálsamo calmen,
*por eso gimo,
*¡que en esta vida

*mientras hay esperanzas
*hay alegrias!

MARIA. Es verdad... Y las penas
de vuestro rostro,
dícenme que no cuente
con vuestro apoyo?

MANR. Juré ser vuestro,
y yo nunca quebranto
mis juramentos.
Vida, poder, riquezas
y espada y gloria
pude ofrecer entonces,
pero hoy, señora,
mi cruel desgracia,
solo puede ofreceros
vida y espada.
Señaladme al ingrato
y al punto os vengo.

MARIA. Ante todo su nombre
deciros quiero:
quiero su muerte...
Meditadlo y decidme
si la merece.
Escuchadme; figuran
en esta historia
un magnate, una dama
muy poderosa,
y el caballero
que desprecia á la ninfa
que aqui estais viendo.
El magnate me ofrece
con sus amores
minas de pedreria,
miles de goces.
Yo por el otro,
ni el afecto recibo
ni los tesoros.

La poderosa dama
da sus riquezas
al caballero mio,
¡y él las acepta
lleno de orgullo,
despreciando mis ayes...
¡Ved cuán injusto!
Parte de las montañas
donde yo quedo,
mi corazon dejando
pedazos hechos,
y en ancho golfo
de placeres infames
lánzase loco.
*Donde los ojos vuelve
*venturas halla;
*todo es dicha á su lado,
*y en dicha tanta,
*no hay un recuerdo
*para la que en el monte
*queda muriendo.
*Mira ante sí, y ve siempre
*nubes de rosa,
*que salpica de perlas
*naciente aurora,
*porque el incauto
*siempre á la aurora mira
*nunca al ocaso.
Núblase al fin su cielo,
que aquel magnate
de su bien envidioso
jura matarle,
y se concierta
con la encumbrada dama
de las riquezas.
En un reino fantástico
de aves hermosas,

le preparan astutos
funesta copa
que allá en su seno
guarda un licor terrible;
quiere beberlo...
mas del amor en alas
su vuelo tiende,
llega allí y amorosa
la copa vierte
la pobre ninfa,
á los montes tornando

(Manrique manifiesta mucho interés.)

donde suspira.
Irritado el magnate
piensa otra traza;
un precipicio mira
su vista airada,
y de ira lleno
conduce hasta sus bordes
al caballero,
que en aquella espantosa
sima profunda
de perdicion, hallara
muerte segura...
¡si de su vida
ángel tambien no fuera
la pobre ninfa!
Quien le dió las riquezas
es la Fortuna;
Codofredo, el magnate
que muerte jura:
y el caballero
es el conde Manrique

(Manrique va á hablar, pero le interrumpe Maria con la accion y hablando en voz mas alta.)

que ingrato y ciego

ni un pensamiento envia
que alivie el alma
de la ninfa que llora
por las montañas.
Quiero su muerte.
Meditadlo y decidme
si la merece.

MANR. Es verdad; mas no es cierto
que sois la ninfa
que en el imperio alado
salvó mi vida;
fué un ave bella
cuyas plumas hermosas...

MARIA. Mirad si es esta.

(Queda en el traje que vistió en el reino de las aves.)

MANR. ¿Qué estan viendo mis ojos?
Si, sois el ave
que me salvó del lazo
de aquel infame.
¿Sueño ó deliro?
Pero la que apartóme
del precipicio,
no sois vos... solo á ella
debo mi vida.

MARIA. Ved si fué esta pastora.

(Queda en traje de pastora.)

MANR. ¡Pastora mia! (Con efusion.)
¡Cuál te llamaban
mis suspiros ardientes
á mi cabaña!

MARIA. Las ternezas suspenda
vuestro cariño;
no tengais, caballero,
que arrepentiros
de esas caricias,
que ave, ninfa y pastora

ved... en Maria.

(Queda en el traje del primer acto.)

MANR. ¿Tú?

MARIA. Ya está arrepentido. (Con dolor.)
Mintió mi labio?...

MANR. Si mintió, niña bella, (Con fuerza.)
que yo te amo.
¿No he de quererte
si ave, pastora y ninfa
y hermosa eres? (Abrázanse.)

MARIA. ¡Ay, Manrique!

MANR. ¡Te adoro!

MARIA. Borra un instante
de feliz alegria
siglos de males.
¿Qué son las penas
cuando aunque tarden mucho
las dichas llegan?

ESCENA XI.

DICHOS, la FORTUNA, por la derecha; por la izquierda GODOFREDO: páranse ambos á cierta distancia de MARIA y MANRIQUE. En los semblantes de aquellos debe verse retratado el gozo. Ligero momento de pausa.

MARIA. ¡Ah! (Con espanto.)

GODOF. (Con aplomo.) Me has vencido en la lucha.
La ley del triunfo respeto.
Oye, no obstante, un secreto.

MARIA. (Me espanta su voz.)

GODOF. Escucha.
(El gozo á mi labio asoma.)
Se puede—no lo sabrás— (Ironia.)
con ciertas balas no mas
dar la muerte á mi paloma.

MARIA. (¿Quién ha revelado á este hombre?...)

GODOF. (Saca un cofrecillo.)

Aqui estan. Tal cual le ves,
lo encontré junto al ciprés
de la fuente de este nombre.

MARIA. ¡Ay de mí!

GODOF. Soy tu enemigo,
y tu arrogancia provoco.
¿No te dije que eras poco
para medirte conmigo?

MANR. ¿Qué lenguaje es el que escucho?

MARIA. ¡Manrique!

GODOF. No os irriteis.

MANR. ¿Tambien me despreciareis?

GODOF. Tambien para vos soy mucho.

MANR. ¡Villano!

(Pone mano á la espada. Interpónese Maria.)

MARIA. Tu falso brillo
va á acabar. (Suenan las seis.)
(Aterrada.) ¡Ay! ¿qué hora es esta?

GODOF. ¡Hora para tí funesta
sonando está en el castillo!
(Con rencoroso placer.)
¿Verdad que hay horas menguadas?

MARIA. ¿Qué traidor?... Dios le demande.

GODOF. Tambien de la torre grande
sonarán dos campanadas.

MARIA. Sus palabras me envenenan.

(Momento de pausa. Da la última campanada de las seis. Escuchan todos con atencion manifestando la mayor angustia. Solo Godofredo sonrie de una manera diabólica é indica á Maria con la accion que escuche.)

¡Qué horrible fatalidad!

GODOF. Escucha, escucha .. Escuchad.

(Poco á poco va animándose la fisonomia de Maria y se anubla la de Godofredo.)

MARIA. Lo que escucho es que no suenan.
¿Me habeis mentido, villano?

No suenan... mentisteis, si.
¡Voy á vencer! (Suenan dos grandes campanadas.)
¡Ay de mí!

GODOF. (Con explosion de gozo.)
¿Lo escuchais?

MARIA. (Cae de rodillas.) ¡Dios soberano!

GODOF. ¡Mirad, la paloma avanza!

(Señala á la izquierda con una mano, mientras con otra obliga á Maria á volver la cabeza. La Fortuna, Manrique y Godofredo pasan á la izquierda. Maria queda aislada en la derecha.)

No habrá para tí clemencia.

(Óyese un tiro por la derecha. La paloma saliendo por la izquierda, viene á caer herida á los pies de Maria, que la recoge. Simultáneamente aparece Ruy Perez sobre una roca de la derecha con un arcabuz en la mano.)

MARIA. ¡Ah! (Con alegria.)

FORT. }
GODOF. } ¿Esto qué es?

(Corren hácia Maria para arrancar de sus manos la paloma, pero Ruy Perez salta de la roca y se interpone entre Maria y Godofredo.)

RUY. ¡La Providencia
que ejecuta mi venganza!

(Mucha voz y actitud imponente.)

ESCENA XII.

DICHOS y MIGUEL por la derecha.

MIGUEL. ¡Hija! (Gozoso.)

MARIA. ¡Padre!

MIGUEL. Mirad.

(Enseña á Ruy Perez un brazo de Maria.)

RUY. Voy.

(Lo vé. Todo con mucha rapidez.)

MARIA. ¡Ay, mi corazon respira!

GODOF. ¿Quién eres, infame?
RUY. Mira.
(Quitándose túnica y barba.)
GODOF. ¡Ruy Perez!
RUY. El mismo soy.
Alza: te debes postrar
ante quien mi voz te exija.
GODOF. ¿Ante quién?
RUY. Ante la hija (Señala á Maria.)
del duque del Encinar.
(Quítale el sombrero á Godofredo y arrójalo á los pies de Maria. Godofredo cúbrese el rostro con las manos.)
MANR. ¿Qué? (Con interés y extrañeza.)
RUY. Lo sabreis. (Á Maria.)
Dictad vos su venganza.
MARIA. No le alcanza.
Es inútil la venganza
donde hay justicia de Dios.
(Á Ruy Perez.)
¿Qué noticia afortunada
llevó á vuestras manos...
RUY. Ved. (Dále un pergamino pequeño.)
El pergamino, leed.
MARIA. (Lee.) «Hay otra caja enterrada
»por mí cuidadoso anhelo,
»junto al arbol de la ermita.»
RUY. Yo la sustraje.
MARIA. ¡Bendita
sea la bondad del cielo!

ESCENA XIII.

DICHOS y CASCABEL, viene por la izquierda, contento y agitado.

CASC. ¡Gran triunfo! (Á Godofredo.)
¡Pobres vencidos! (Por los otros.)

¡Gentecilla! ¡Qué sujeto! (Por el conde.)
¡Si no descubro el secreto (Á Godofredo.)
nos quedabamos lucidos!

(Míranle todos con atencion.)

MARIA. ¿Fuiste tú? Lo presumí.

CASC. ¿Aun hay quien dudarlo pueda?

(Tomando una actitud importante.)

MARIA. Mira, pues, vencido queda.

(Le enseña la paloma muerta y señala á Godofredo.)

CASC. ¡Ahora si que me lucí!
(Me mechan.)

MIGUEL. ¡Lacayos fieles!

CASC. (¡Cuál tiemblo! ¡Qué no callaras!
Cascabel, cómo sonaras
si llevases cascabeles.)
Señor, ten de mí piedad.
Protesto de corazon
que no fué mala intencion:
que fué burrabilidad.

MANR. De mi... compasion no esperes.

MARIA. Yo le perdono: mas quiero
que desde hoy, mal escudero,
conozcan todos lo que eres.

(Quítale ella misma el sombrero, y le nacen á Cascabel dos desmesuradas orejas de pollino.)

CASC. ¡Qué abanicos!

MIGUEL. ¡Mala pieza!
Obraste mal, y repara,
te sale el mal á la cara.

CASC. No es verdad; á la cabeza:
tendré sombra, es beneficio.

MARIA. Id á perpetua prision. (Á Godofredo.)

(Habla Cascabel con el conde. Godofredo húndese por escotillon.)

CASC. Mas sospecho con razon
que me quedo á tu servicio.

MARIA (Á la Fortuna.)
No admito disculpa alguna.
Podeis partiros... Marchad.
Para mi felicidnd
no hace falta la Fortuna. (Váse esta.)
CASC. De escudero. (Á Manrique.)
MANR. Es lo peor.
CASC. De montero.
MARIA. ¡Qué quimera!
CASC. Aunque sea de montera
ténme á tu lado, señor.
MANR. No.
CASC. ¡Por vida!
MIGUEL. ¿Tambien tacos?
MANR. ¿Te conviene? Anda con él. (Á Miguel.)
MIGUEL. Pues me quedo á Cascabel
para conducir los sacos.

(Accion de pegar.)

Ya verás .. tú ya conoces
mis fuerzas, amigo mio.
CASC. (Me parece que este tio
morirá de un par de coces.)
MARIA. Sereis mi amigo. (Á Ruy Perez.)
RUY. Pagados
mis servicios quedan.
MARIA. ¿Veis? (Á Manrique.)
RUY. (Á Maria.) Cuando os plazca, ya podeis
visitar vuestros estados.
MIGUEL. Bien las pagarás, gandul. (Á Cascabel.)
MARIA. Hazme tú un regalo, toma. (Le da el talisman.)
MANR. ¿Qué quieres?
MARIA. Otra paloma.
MANR. Pues vamos al reino azul. (Con mucha voz.)

MUTACION.

(Palacio del reino azul. Todo en esta decoracion ha de ser azul y plata. Cada rompimiento tiene en primer término telas, y en segundo árboles. Jarrones de plata é infinidad de estrellas giratorias del mismo metal. Las ninfas y genios visten de azul; llevan calzado y pelucas de plata.)

MARIA. ¡Ah qué hermosura?
CASC. Me hechiza.
MIGUEL. ¿Si? Te haré azul.
CASC. No adivino.
(¡Ah, ya lo entiendo, pollino!
azul de tanta paliza!
Mi castigo va á ser serio.)
MANR. ¡Cuánto lograste, rapaza!
MARIA. Todo por quererte.
RUY. (Mucha voz.) Plaza
á los reyes del imperio.

MUSICA.

(Ábrese en dos filas todo el acompañamiento. Maria y Manrique ocupan el trono. Cae el telon.

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 10 *de Febrero de* 1865.

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.

María.
n 1818.
vista de pájaro
re hojuelas.
de Polonia.
ó la Emparedada.

Blanco.
se entiende, ó un hom-
nido.
contra nobleza.
lo oro lo que reluce.

.

o de enmienda.
rio revuelto.
y por él.
idas las de honor, ó el
avio del Cid.
erta del jardin.
caballero es D. Dinero.
veniales.
castigo, ó la conquis-
onda.

vido al Coronel!.
ucho abarca.
te la mia!
el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid)*.
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabe llos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

y Medoro.
buena ley.
s feo.

la Gitana.
Marte.
ora.

ado.
quita.
nto, ó el Alcalde pro-

er.
o.
de una ópera.
o y la maja.
el hortelano.
en Marruecos.
la ratonera.
mono.
e carnaval.
(drama lírico.)
n de la Rioja *(Música)*
e de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encautada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

cion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, ado de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.